Nacional-Sindicalismo

Recopilación de las lecciones publicadas en la Revista "Consigna", según los programas oficiales.

BACHILLERATO

Cuarto Curso

FDF 2968

«La Falange también os llama a vosotras. No quiere que os quedéis orilladas en la tarea Imperial del Nacional-Sindicalismo. Quiere también pediros vuestro esfuerzo de niñas y vuestra alegría para unirlos a nuestra hermandad. Quiere la Falange que todas las niñas de España sientan juntas el dolor y el gozo de la Patria; quiere que vayan juntos vuestros rezos y vuestros cantos, vuestros lloros y vuestras risas. Quiere veros pasar llenas de júbilo en deportivos desfiles por las calles de España. Vosotras seréis, camaradas niñas lo mejor de la Falange; seréis para nosotros como para la tierra el Sol y la Luna, que llenan de vida los días y las noches. La Falange os enseñará a tener fé. A amar a Dios y a creer en España, y estaréis alegres en nuestra compañía y en vuestras caras alegres se reflejará la salud de vuestras almas y de vuestros cuerpos. Las flores, los pájaros, la música, los salmos, los ríos, los montes, el mar: Todas estas cosas llenarán de vida nueva, vuestra vida. Y marcharéis por el camino que nos marcaron con su muerte los caídos, y con sus palabras José Antonio.»

Pilar Primo de Rivera

Imp. M. Berdós.—Mulas, 31 y 33

143

BACHILLERATO

CUARTO CURSO

Lección I

Conceptos Previos. — Pueblo y Nación. — Patria y Destino. — Imperio. — Tradición. Animo de copia. Animo de adivinación.

Pueblo y nación. — Para comenzar la interpretación verdadera de nuestra Historia conviene que aclaremos los conceptos fundamentales que la justifican.

Entendemos por pueblo *un agregado de familias* con los organismos necesarios para el cumplimiento de sus fines (municipios, sindicatos, etc.), que está regido por un orden que impone la jerarquía de sus jefes. Pero «no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación». «Un pueblo no es una nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales»..., lo que lleva a un pueblo a lograr la categoría superior es el cumplimiento de una tarea colectiva; el asumir una misión propia. Ahora bien, para que ese fenómeno acontezca es preciso tener una gran verdad a que servir, una verdad que sea el eje, el polo de atracción de un pueblo entero. Razón por la cual España no alcanzará en la Historia la categoría de nación hasta encontrar la fe cristiana y poder servir un destino de salvación.

«La Nación es el pueblo considerado en función de universalidad», es decir, cuando pasa del servicio de los intereses de cada individuo o de cada grupo al servicio de una misión superior, en la cual encuadra a todos, para el mejor servicio de cada uno.

Por consiguiente, a lo largo de la Historia, podremos encontrar momentos en que se viva como pueblo y otros en que se viva como nación, y esto dependerá de la función que su agregado social cumpla.

Patria e Imperio. — «La Patria es una unidad total en que se integran todos los individuos y todas las clases»...; «es el único destino colectivo posible». «Una Patria es una misión en la Historia». También la Patria necesita de un apoyo, y en este sentido entendemos por Nación el soporte físico y demográfico de cada Patria; es decir, el agregado de hombres que cumplen una misión colectiva.

Y, en cambio, la Patria es la misión, la empresa.

«...no veamos en la Patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un destino, «una empresa». La Patria es aquello que en el mundo configuró una gran empresa colectiva; sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en colores y sabores locales». Esta categoría se logra por «una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio, de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse».

Podemos afirmar ya que «España es la portadora de la «unidad de destino», y no ninguno de los pueblos que la integran». Solamente «cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en la universal la justificación histórica de su propia existencia», o

sea cuando los Reyes Católicos realizaron la unidad nacional.

Nuestro patriotismo consiste en la participación en la misión inteligente y dura de la Patria. La dignidad de la Patria depende de la dignidad del hombre y de la dignidad del destino que sirve. Para los españoles su destino es un «destino de salvación». Y este destino es siempre el mismo y es irrevocable, sin posibilidad de cambio.

«España es irrevocable. Los españoles podrán decidir acerca de las cosas secundarias, pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España es «nuestra», como objeto patrimonial; nuestra generación es dueña absoluta de España; la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla como depósito sagrado a las que le sucedan.»

Y así vemos que cuando España hubo alcanzado su unidad y su fortaleza derramó sus energías en el cumplimiento de su misión universal, influyendo de una manera decisiva en la Historia del mundo; creó el Imperio español, incorporando millones de hombres a la civilización cristiana y convirtiéndose en campeón de la unidad de creencias. Las empresas universales de España han sido siempre de carácter espiritual, como se demostrará en el desarrollo de la Historia. «España se justifica por una vocación imperial, por unir lenguas, por unir razas, por unir pueblos y por unir costumbres en un destino universal...» «Queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España a paso resuelto, por el camino universal de los destinos históricos.» Pero en la continuación de nuestra empresa «empalmaremos con la España exacta, difícil y eterna, que esconde la vena de la verdadera tradición». Bien entendido; no para repetir lo que se hizo sino para adivinar, en las circunstancias actuales de España y del mundo, qué se debe hacer para lograr la influencia propia del Imperio.

(Antes de terminar y en presencia de un mapa-mundi, se observará la situación y configuración de la Península Ibérica para darse cuenta de cómo ha influído ésta en el cumplimiento del destino histórico del pueblo español.)

España está situada entre Europa y África; sirve de puente entre ambas partes del mundo a través del Estrecho de Gibraltar, por cuyo camino hemos recibido las influencias del Oriente próximo.

España es una barrera entre el Océano Atlántico y el Mar Mediterráneo.

La Península Ibérica es completa, con una Meseta Central, núcleo de las relaciones peninsulares. Tiene dos depresiones: la del Ebro y la del Guadalquivir, que son los caminos que ha seguido el pueblo español hacia fuera.

Por su situación ha de ser bastante fuerte para disponer libremente de su destino, obligándose a mantener libres las rutas del mar.

Lección II

España como "pueblo". — Los primeros pobladores. — La asimilación de otras culturas como nutrición para el futuro. — Primera expansión de pueblos hispánicos

Siguiendo las líneas geofísicas de la Península, se han establecido en ella pueblos portadores de diferentes culturas desde la época prehistórica.

Desde el Norte de África, a través del Estrecho de Gibraltar, penetró una cultura que predominó en la zona meridional y central y que penetró en Europa a través de Hispania. Por camino opuesto otras culturas, desde Europa, atraviesan los Pirineos y se fijan en las regiones cantábricas y catalano-aragonesa.

Posteriormente, pueblos que lograron ya la vida sedentaria y que perfeccionaron el arte rupestre y crearon la cerámica, demuestran la superación de culturas anteriores que exportan a Europa.

En el momento que en el mundo fueron conocidos los metales, el valor de nuestra Península creció, merced a la riqueza de yacimientos de cobre y estaño; constituyó un poderoso estímulo de las correrías de los pueblos orientales, y señala el primer momento de la utilización de las rutas atlánticas de expansión hispánica. Localizaciones de las culutras de este periodo en la Península fueron Almería, Huelva, Asturias y Galicia.

(Se presentará a las alumnas un gráfico en el que se vean claramente los lugares

geográficos en donde se han encontrado restos de la vida paleolítica, neolicita y de la época de los metales en nuestra Península, para demostrar con los objetos hallados el grado de cultura logrado por los pueblos prehistóricos.)

Si de la época prehistórica pasamos a la que se conoce en los textos con el nombre de época prerromana, nos encontraremos con nuevas irrupciones de pueblos, que volverán a seguir las líneas geográficas de penetración.

Los iberos parece que vinieron de África por el Estrecho de Gibraltar, estableciéndose en el S. y C. de la Península. Es el comienzo de la influencia bereber, que se mantendrá durante mucho tiempo en nuestra Historia.

Existen también en la Península los pueblos tartesos, no sabemos si como variación de los iberos. Los tartesos se establecieron en la región minera del Tinto y Odiel y en el valle bajo del Guadalquivir, llegando a ocupar toda la zona comprendida entre el Cabo La Nao y el río Guadiana. Representan la organización política más importante de este periodo.

También penetraron en la Península, procedentes de Centro Europa, los celtas de tronco indo-germánico, que se extendieron por el Norte del Valle del Ebro y la parte superior de la meseta, aunque más tarde los iberos lucharon por reconquistar la Meseta y les dejaron reducidos a Galicia y Norte de Portugal.

Interesa conocer la creación política de este periodo para conocer las influencias que recibe Hispania, la expansión que éstas tuvieron y la originalidad que representan.

Los tirios o primeros fenicios que vinieron a Hispania fueron bien recibidos por los tartesos, que les dejaron establecer en sus costas y participar en su comercio, conviviendo en paz. Pero cuando se sintieron absorbidos por los fenicios, estalló la lucha, siendo vencidos por éstos en una batalla naval, y los tirios y fenicios convirtieron a tartesos en una colonia fenicia, con Cádiz por capital. Para defenderse los fenicios de los demás navegantes, crearon marcas a ambos lados del Estrecho y trasladaron el Non Plus Ultra desde Túnez a Gibraltar, hundiendo las naves que intentaban atravesarlo.

Posteriormente, los tartesos recuperaron su independencia, incorporando a sus dominios Cádiz y demás colonias fenicias del litoral; pero ya no se llamó reino Tarteso, sino Túrdulo o Turdetano. Y es en este período cuando aparecieron los griegos en las costas turdetanas del litoral mediterráneo. Ambos pueblos se entendieron bien.

El esplendor del reino Tarteso duró unos doscientos años. Fué precisamente en este período cuando los tartesos crearon la navegación de altura, y sus grandes barcos de vela fueron los primeros que se atrevieron a recorrer el Océano. Desde Cádiz se dirigieron hacia el Norte hasta Bretaña, Inglaterra, y por el Sur hasta el Senegal y Guinea.

Una invasión neo-tiria o cartaginesa destruirá Cádiz y terminará con esa creación cultura hispánica, quedando su influjo, como el de las demás culturas peninsulares, como nutrición para el futuro.

Por primera vez aparecerá la lucha por el Mediterráneo occidental, y España no podrá permanecer ajena. Los griegos focenses eran dueños del occidente de este mar, y los cartagineses lo codiciaban desde el Norte de África. Para dominarlo, se aliaron con los etruscos establecidos en Italia y ambos pueblos dieron a los griegos la batalla naval de Alalia, en Córcega, destruyendo la escuadra focense, apoderándose de Cerdeña y parte de Sicilia, con lo que adquirían la posibilidad de saltar a Ibiza e Hispania, rica en metales. Con estas bases comenzaron la invasión de nuestra Península.

La zona de apoyo de los cartagineses fué el reino turdetano y desde Cádiz a Cartagonova realizaron su expansión. Sin embargo, la resistencia debió ser poca, porque los tartesos e iberos acompañaron a los barcidas en todas sus luchas contra los romanos. Los cartagineses dominaron tres siglos el Mediterráneo.

(Se mostrará otro gráfico con la distribución de tribus, para que vean el cantonalismo propio de los pueblos que carecen de una verdad superior que les proporcione la unidad de destino.)

Lección III

Roma unifica a España. — La aportación romana y la creación de la Patria española. — La aportación española al mundo

Por el dominio del Mediterráneo se enfrentan en la Historia Roma y Cartago, y

la Península Ibérica será el campo de esta lucha.

Como resultado de la primera guerra Pínica Roma constituye el frente Córcega-Cerdeña-Sicilia, que antes habían constituído los cartagineses contra los griegos. Los romanos, con objeto de aislar las fuerzas de Aníbal de las restantes que tenía en la Península, penetraron en Hispania por Ampurias y conquistaron Tarragona, que hicieron su Cuartel General. Desde allí se dirigieron contra Cartagonova y poco después Roma tomaba Cádiz, terminando las luchas de los romanos contra los cartagineses en Hispania. Después de la tercera guerra Pínica, destruída Cartago, los romanos quedaron con las manos libres para la conquista de España.

(Se presentará a las alumnas un mapa en el cual se vea claramente la extensión peninsular dominada por los romanos y su división en dos provincias, Hispania Citerior e Hispania Ulterior, a la que posteriormente los romanos agregaron las tierras marroquíes, que fueron una especie de marca fronteriza para proteger a Andalucía de las tribus del Sur. Interesa fijar la función de África del Norte para la seguridad de España.)

La primera fase de la lucha romana en Hispania fué contra los cartagineses; la segunda fué la posesión de la submeseta, avanzando desde el S. hasta Toledo, y desde el valle del Ebro hacia Numancia, y en la tercera fase realizaron su objetivo, siguiendo direcciones convergentes: desde el Guadalquivir por Lusitania y Duero medio (guerras lusitanas) y desde la cuenca del Ebro hacia el alto Duero (guerras celtíberas), venciendo en Numancia y dominando así la Meseta y Galicia. Con las guerras cántabras dominaron Asturias y parte de Santander. Tan duras luchas duraron más de dos siglos; tanto resistieron los pobladores de Hispania.

El proceso de romanización de la Península se verificó a través de los seis siglos de dominación y fundamentalmente por las constantes luchas que sostuvieron. Las Legiones permanecieron en Hispania siempre, en mayor o menor número; el servicio duraba veinte años y los soldados, con sus familias se establecían en nuestro país y formaban colonias, a las cuales venían millares de romanos a vivir, sumándose otros a los pueblos primitivos. Por otra parte, las tropas de las provincias, llamadas Auxilia, tenían un servicio de veinticinco años, y las nuestras, que fueron de las mejores auxilia del Imperio romano, sufrieron la influencia directa de Roma y del Imperio. Lo mismo unas que otras tropas quedaron sometidas al derecho y a la disciplina romana; el idioma y las costumbres sufrieron también su influencia; las comunicaciones establecidas sirvieron a las necesidades del Imperio, con una dirección bien definida. Y sobre esta realidad varia, se estableció el marco administrativo, las provincias.

La organización administrativa de Hispania a la romana, tuvo una consecuencia fundamental: borró la Meseta como unidad política y administrativa y la trasladó a Roma.

La Península había encontrado unidad por primera vez en la Historia, pero desplazada de sí misma, uncida al Imperio romano; y a la sombra del Imperio hizo su primer aprendizaje de disciplina y servicio.

Pero no por eso perdió sus condiciones específicas, que se revelaron en el puesto excepcional que Hispania ocupó dentro del Imperio romano. Le dió sus mejores soldados, pensadores ilustres, emperadores geniales; con su fortaleza indígena, supieron sostenerla, constituyendo lo que en los textos suele designarse con el nombre de edad de Plaza del Imperio romano.

Hasta aquí tenemos dos momentos importantes en nuestro acontecer histórico: el Reino Tarteso, en el valle del Guadalquivir, y otro, más perfecto, la unidad territorial de toda la Península como provincia romana. Pero todavía se librarán luchas durísimas antes de encontrar cuantos elementos son precisos para constituir esa unidad de destino que dió a Hispania días de gloria, al mundo amplitud y para los hombres que incorporamos a nuestra civilización, destino de salvación.

(Debe terminarse la clase con un gráfico de la división administrativa romana, para que las alumnas puedan comprobar el progreso que significa, con respecto al gráfico de la división en pueblos iberos; éste representa la diversidad y aquél la unidad; los dos factores permanentes de nuestra Historia.)

Lección IV

El cristianismo factor determinante de lo español. — El momento de la disolución del Imperio Romano. — El cristianismo como solución histórica. — San Isidoro

Junto al individualismo existen en el pueblo español cualidades universalizadoras que se revelaron al unirse al carro del Imperio romano y darle hasta Emperadores que llevaron a Roma «la grandeza y la llaneza auténticamente hispanas».

Cuando vino el Mesías y se predicó la doctrina de la unidad de origen del género humano y su destino sobrenatural, esas cualidades universalizadoras del pueblo español constituyeron un elemento eficaz y para la propagación del Cristianismo.

Sabemos que San Pablo escribió a los romanos que deseaba ardientemente visitarnos. A las predicaciones de los apóstoles y de los siete varones apostólicos se deben las primeras conquistas de la fe. Y a fines del siglo IV había ya cristianos en la Bética, la Tarraconense, la Lusitana, la Galecia.

Tres acontecimientos importantes ocurren durante el siglo IV, que nos interesa destacar:

Primero, la conversión al catolicismo del Emperador Constantino; segundo, la celebración del Concilio de Nicea, y tercero, la promulgación de las leyes cristianas de Teodosio el Grande.

Y al propio tiempo, conviene recordar la influencia de España en esos grandes acontecimientos, como consecuencia de sus cualidades universalizadoras.

Primero. El Obispo de Córdoba, el gran Osio que había pasado a ser consejero del Emperador, fué quien formó la conciencia y decidió a Constantino a convertirse

Segundo. Para combatir las herejías que se desarrollaron en los primeros siglos del Cristianismo, se convocó el primer Concilio ecumérico, el de Nicea. En él se condenó el Arrianismo y se elaboró el símbolo de la Fe. Lo presidió el gran Osio.

Tercero. El 27 de febrero del año 380, de acuerdo con el Papa San Dámaso, español, el Emperador romano Teodosio, nacido en Coca, provincia de Segovia, decreta: «Que es su voluntad que todos los pueblos sometidos a su cetro abracen la fe que la Iglesia romana había recibido de San Pedro, declarando las sectas heterodoxas fuera de la ley.» Además, convocó el Concilio de Constantinopla, que condenó la herejía de Nestoria y retiró del Senado la estatua de la diosa de la Victoria. Y, así, un español consumó la unidad del Imperio.

En el mundo de la cultura, también fué un español, Prudencio, nacido en Zaragoza, el primero en desarrollar «la interpretación unitaria del desenvolvimiento del mundo y abrir los primeros surcos de la Filosofía de la Historia».

Cuando la invasión de los bárbaros, se desplaza el poder político del mundo romano y se hunde el Imperio en que se apoyaba el Cristianismo, y después, con la conversión de los distintos pueblos, se crea la posibilidad de nuevas unidades políticas, sobre las cuales podrá la Iglesia apoyarse. Así, en España, lograda la unidad territorial por el rey visigodo Leovigildo, fué necesaria todavía la conversión de Recaredo, para que, con la unidad religiosa, se tuviera la base suficiente para constituir una unidad entre los hombres que habitaban España y pudiera servir de base a la unidad política, monarquía visigótica cuya duración, entonces y después, ha dependido de lo más o menos profundo del arraigo de la fe cristiana.

Y por esta razón, porque la única unidad posible entre los hombres de tantas razas y de tantas culturas como conviven en España, es la unidad religiosa, EL CRISTIANISMO SE HA CONVERTIDO EN FACTOR DETERMINANTE DE LO ESPAÑOL. En su consecuencia, volver a encontrar a España, la España auténtica, equivale a volver a encontrar la unidad de fe entre todos los españoles.

(Se mostrará un gráfico que represente el mundo conocido, con los límites del Imperio romano. Más allá de los límites, vivían los bárbaros; es decir, los que no eran súbditos del Imperio. Las alumnas se fijarán en la unidad geográfica del Imperio, que sirvió de apoyo a la unidad política, cuya capital fué Roma.)

Teodosio el Grande, en el año 395, dividió esa unidad política en dos centros: el Imperio de Oriente, con capital en Constantinopla, y el de Occidente, con capital en Roma. Sin embargo, se conservó la unidad territorial; el régimen político era idéntico para las dos unidades imperiales, y para ambas existía la misma organización administrativa. A ese período de tiempo,

aproximadamente de un siglo, se le conoce en la Historia con el nombre de Bajo Imperio.

Durante este tiempo ocurrieron una serie de hechos que culminaron en la desaparición del Imperio de Occidente en el año de 476.

La ruina del Imperio romano, que nosotros llamamos «el momento de disolución del Imperio», coincide con una serie de acontecimientos que llevan el nombre genérico de «invasión de los bárbaros». Por consiguiente, no se puede entrar en la interpretación de este momento histórico, sin fijarse bien en la siuación geográfica de los pueblos.

La atención se concentrará en la frontera del Imperio romano: al Sur, el Imperio, y al Norte, numerosos pueblos organizados, jóvenes y combativos, unos de zara amarilla: bávaros húngaros, hunos y turcos, y otros de raza eslava, divididos en dos grupos: eslavos y germanos. Y este grupo germano, constituido por suevos, alanos, vándalos, godos (visigodos y estrogodos), francos, borgoñes, lombardos, sajones, etc.

¿Fueron las invasiones de los bárbaros la causa esencial de la disolución del Imperio? No. La disolución fué interior, primero, y política, después.

La disolución interior se operó por la desaparición de la clase de los campesinos, substituidos por esclavos y extranjeros (bárbaros); porque la plebe se transformó en gentes sin ciudadanía romana, ricos y pobres en multitud, sin fortuna, proletarios, y, por la germinación del Imperio, debida a varias causas: Al trato militar con los bárbaros, debido a las luchas fronterizas; convivencia con prisioneros esclavos procedentes de la creación de Rumania; a las emigraciones en masa, consentidas por el Gobierno de Roma, permitiendo a los bárbaros establecerse en las provincias de Occidente en los siglos III y IV; el haberse convertido en tropas auxiliares del Ejército romano, encargado de la defensa del Imperio contra las invasiones armadas del siglo V, y, por último, a las invasiones militares, que terminan con él, y establecimiento de un reino bárbaro en la propia Roma, regido por Teodorico.

Simultáneamente se creó el reino espiritual, representado por la Iglesia cristiana, que, uniendo a los hombres en una fe y al servicio de una verdad, la salvación eterna, desplazaba, arrebataba el interés supremo de los hombres del mundo terrenal y político, y lo situaba fuera de todo imperio material. Elevaba al hombre, y, además, unía a los hombres de distintos imperios. El reino espiritual creado por el Cristianismo, se elevaba por encima de todos los imperios materiales y, en aras de su doctrina, los hombres ofrecían su vida temporal, para salvar la eterna. Esa novedad dentro del Imperio romano, lo cuarteó totalmente y evitó que en su caída arrastrara los valores morales, pues el Cristianismo, con su red de iglesias a lo largo de las calzadas romanas y su marco jerárquico sobre el marco administrativo del Imperio, reforzó la autoridad de los poderes políticos nacientes en cuanto los pueblos bárbaros se fueron convirtiendo al Cristianismo, y, en algunos pueblos como España, se hizo el elemento inseparable de su vida espiritual y política.

«Entonces brota también el poder temporal de los Papas, los cuales serán considerados, durante diez siglos, no sólo como los representantes de Cristo en lo espiritual, sino también como depositarios y distribuidores del mando y de los reinos en lo civil.» El Cristianismo se ha convertido en savia histórica, vivificadora espiritual de los poderes que se creen y salvadora de los valores morales cuando los poderes temporales se derrumben.

San Isidoro de Sevilla, cuya biografía debe sernos minuciosamente conocida, trabajador incansable, escritor ilustre, cantor de España, creía que los pueblos godos eran los llamados por la Providencia a iniciar una nueva era en la evolución de la humanidad, continuando el pensamiento del gran Orosio.

La conversión de los pueblos bárbaros al Catolicismo había creado un problema muy serio en el orden de la cultura. Una nueva concepción de la vida requería una cultura que respondiera a los principios cristianos; había que enseñar a los hombres, de acuerdo con aquella doctrina, y se necesitaban unos libros adecuados. Los escritores romanos Boecio y Casiadoro, con sus obras «Consolación de la Filosofía» e «Instituciones de los estudios divinos y profanos», habían intentado satisfacer esa necesidad sin conseguirlo plenamente. Fué el genio universalista y enciclopédico de Isidoro quien nos dió el «Libro de las Etimologías», enciclopedia que contiene cuanto se sabía en el siglo VII. Ejerció un influjo extraordinario durante toda la Edad Media, no sólo en el extranjero, sino también en España. En el Octavo Concilio de Toledo,

los Padres allí reunidos, confirmaron oficialmente su sabiduría universal.

La obra de San Isidoro salvaba para la cultura cristiana los valores de la cultura de los pueblos paganos, que merecía sobrevivir a los sistemas políticos que los había creado.

Lección V

La Unidad de la España visigótica. — La Monarquía gótica como futuro símbolo de la Unidad. — Toledo, ciudad unitaria. — "Sangre de Godos". — Debilidad y derrumbamiento. — Sus causas. — Insuficiente unidad en el hombre y entre los hombres

Esta lección se explicará teniendo delante un gráfico del Mar Mediterráneo con todos los países que lo limitan.

Se harán observar los fenómenos siguientes: Las invasiones germánicas en la Península, atravesando los Pirineos, siguen el camino que eligieron las culturas prehistóricas que vinieron a Hispania desde Europa central.

El Imperio de Eurico representa el esfuerzo de los visigodos por crear un imperio pirenaico con posesiones a ambos lados del Pirineo, pero la influencia disgregadora de los Pirineos favorece el esfuerzo franco por desbaratarlo y tiene que replegarse sobre la Península en donde continuó la obra unificadora de Roma, quedando definitivamente establecida la monarquía visigoda en Hispania.

Para entender bien este período de nuestra Historia, conviene recordar que, al romperse la unidad política del Imperio romano, se disgregó el sistema geopolítico que Roma había establecido para dominar en el Mediterráneo occidental. Los pueblos que contribuyeron a destruir el Imperio quisieron luego rehacer ese dominio: Los vándalos imitaron a Cartago y en el siglo V dominaron en Túnez y en varios puntos de las costas, logrando incluir en su sistema geopolítico a las Islas Baleares.

Durante el siglo VI hubo un intento de dominio del Mediterráneo occidental por los bizantinos, que, llamados por Atanagildo, vinieron a nuestra Península y se establecieron en las costas, y, como dominaron los estrechos Sicilia-Cerdeña-Baleares, consolidaron su dominio oriental en aguas mediterráneas.

La monarquía visigoda llegó a su consolidación cuando logró el trono Leovigildo, que, con visión certera, puso todo su empeño en lograr la unidad territorial del reino, y lo consiguió, pero no tuvo la misma suerte en cuanto a la unidad religiosa. El arrianismo de los visigodos no podía constituir unidad entre los hispanogodos, porque el catolicismo había pasado ya a formar parte de la vida espiritual de España, y no era posible más unidad entre los habitantes de la Península que aquella que pudiera lograrse a base de la fe de Cristo. Por consiguiente, ni los halagos ni las persecuciones fueron suficientes para imponer el arrianismo y Leovigildo fracasó. Había conseguido la unidad de las tierras, pero no la unidad entre los hombres.

Fué, precisamente, su hijo Recaredo, que le sucedió en el reino, quien el día 8 de mayo de 589, en el III Concilio de Toledo, pronunció estas palabras: «Presente está aquí la ínclita raza de los godos, la cual, puesta de acuerdo conmigo, entra en la Comunión de la Iglesia Católica, siendo recibida por ella con cariño maternal y entrañas de misericordia...; es mi deseo que, así como estos pueblos han abrazado la fe por nuestros cuidados así permanezcan firmes y constantes en la misma.» Fué el primer monarca que usó cetro, corona y manto real.

El artífice de la unidad religiosa había sido San Leandro y en el año 633 otro obispo, San Isidoro, consiguió que el Concilio decretase la unificación de la Liturgia, porque «es conveniente que los que están cobijados bajo un solo reino, oren con un mismo rito».

También en otros Concilios se logró la identificación del derecho con la promulgación del *Liber Judiciorum*, convirtiéndolo, de Personal que había sido hasta entonces, en Territorial, es decir, que las leyes obligasen a las personas no según su nacimiento o clase social, sino según el territorio en que residían.

Quedaba así constituída la monarquía gótica con la triple unidad: territorial, religiosa y legal. Podía considerarse como símbolo de la futura unidad española, lograda en su día por los Reyes Católicos.

Esta monarquía tenía su corte en Toledo. «La gran fortaleza natural de esta ciudad y su posición en el centro de España fue-

ron decisivas para fijar allí la corte. El reino godo carecía de unidad moral y ésa vá a recibirla del influjo de la Iglesia. Toledo ha sido la Ciudad de los Concilios, especialmente durante el siglo VII, y el Concilio se hizo un órgano de gobierno necesario para la Iglesia y el Estado godo.

Pero la división de los godorromanos en partidos y las luchas intestinas, consiguieron esterilizar los esfuerzos realizados en favor de la unidad, y la penetración de los africanos en el siglo VIII encontró como adversario un pueblo dividido que fué arrollado fácilmente después de 293 años de existencia.

Aquella unidad territorial lograda con Leovigildo y la unidad religiosa iniciada por Recaredo, así como la unidad legislativa, no consiguieron una verdadera unidad en el hombre, porque los principios religiosos no habían creado la unidad moral interior necesaria para desafiar toda clase de luchas, careciendo, por lo tanto, de base la unidad patria. Cierto es que algunos llegaron a sentirla, pero la tendencia disgregadora se sobrepuso y los godos fueron vencidos, aunque quedaba una excelente experiencia hacia el Imperio, que algún día se había de lograr.

Lección VI

La invasión musulmana. — El sueño de un Imperio musulmán. — Aportaciones islámicas a España

Se empezará la lección ante un gráfico que represente la Península Ibérica y el norte de Africa, haciendo eje de la explicación el Estrecho de Gibraltar.

Debe hacerse alusión a los intentos de invasión árabe a las costas de España en tiempo del Emperador Marco Aurelio, lo cual dió lugar a que se incorporasen a la provincia bética varias ciudades africanas próximas al Estrecho. El intento se repitió durante el reinado del rey visigodo Wamba. Africa pertenecía a Bizancio, y de allí salió una escuadra dispuesta a desembarcar un ejército para conquistar España, pero fué derrotada por los visigodos.

Ahora se repitió el intento, y como consecuencia de la falta de unidad moral entre los hombres de España y de la ruina de la unidad política, representada por la monarquía visigótica, al producirse los intentos de invasión musulmana en la Península, alcanza pleno éxito.

Siguieron la misma línea geofísica de invasión que los iberos, los fenicios y los cartagineses; desde oriente, por el norte de Africa, atravesando el Estrecho, penetran en las costas del sur de España.

Conviene recordar tres períodos de la vida árabe en España: desde el año 711 hasta la venida de Abderramán III; el Califato español de Córdoba y los reinos de Taifas.

Durante el primer período de la invasión, las luchas intestinas entre los propios invasores favorecieron la creación de pequeños reinos cristianos, diseminados en el norte de la Península, tierras que los invasores jamás llegaron a dominar plenamente. En el año 713, Muza hizo proclamar en Toledo, soberano de España, al Califa de Damasco. Y España, otra vez, como en la época del Imperio romano, se convirtió en provincia de otro Imperio; ahora, del Imperio de Damasco, que era un Imperio oriental. En el año 740 alcanzó el dominio árabe su «máxima «extensión en la Península.

En 13 de septiembre del año 755 desembarcaba Abderramán en Almunécar. Venía huyendo de una persecución de su país, producida por un cambio de dinastía. Al año siguiente entraba en Córdoba y comenzaba la creación del Califato español independiente de Damasco. «El ejército rifeño fué la espina dorsal de la dinastía omeya en España.»

Como la dominación árabe se prolongaba en España, se planteó a los mozárabes católicos que se quedaron viviendo entre los árabes y tenían libertad religiosa, pudiendo celebrar culto en determinadas iglesias y hacer uso moderado de las campanas; también se permitieron determinados monasterios. Tenían un magistrado especial y jueces y leyes propias, pero, socialmente, resultaban vejados y humillados, un serio problema. ¿Cuál debía ser su actitud ante el poder constituido? Hubo distintos criterios y muchas luchas. Durante el reinado de Abderramán II, en el siglo IX, el Obispo de Córdoba, Recafredo sostenía que debía acatarse. Contra este parecer se alzaron San Eulogio, su amigo Alvaro de Córdoba y el abad Sansón, para evitar que se extinguiese en los mozárabes

el fervor que les llevaba a querer reivindicar, además de la fe, el suelo patrio y el gobierno de la nación. Querían evitar que España se separase para siempre de la cultura y civilización europea, que era romana principalmente, para lo cual era preciso evitar que se consolidase en España el mahometanismo y España dejara para siempre de ser católica. Consecuencia de esa actitud fueron una serie de persecuciones y martirios de emperecedera memoria. *Gracias a esta actitud de intransigencia no somos hoy musulmanes ni africanos.*

Varias ciudades con motivo de las luchas cristianas, se habían separado del dominio árabe, pero Abderramán III restableció la unidad, reconquistando para el Imperio musulmán español, Toledo, Badajoz y Aragón; se hizo dar el título de Califa y dejó a los cristianos en la frontera del Duero y del Ebro. Fué, además, verdaderamente, rey de Marruecos y de casi todo Argelia. Melilla, Ceuta y Tánger fueron convertidas en ciudades andaluzas. Como consecuencia de tal extensión, el Califato de Córdoba llegaba, desde el Atlántico, hasta la frontera tunecina, y la civilización andaluza penetró en el África del norte.

El partido medinés destronó a la dinastía omeya que gobernaba en España, y, en tiempo de Hixem II, su jefe militar, Almanzor, con berberiscos y eslavos en su ejército, se lanzó a una campaña que no resultó de conquista, sino de devastación por toda la Península, atacando a todos los reinos cristianos; pero fué derrotado en la batalla de Calatañazor por los ejércitos de los castellanos, los leoneses y los navarros, unidos, señalando el comienzo de la decadencia musulmana en la Península. Se entronizó, más tarde otra dinastía que era africana, a la cual perteneció Hixem III, pero ni con su prestigio consiguió restablecer el orden. Su destronamiento en 1031 señala el fin de *la unidad musulmana* en la Península y el de su preponderancia en España.

Después comienza el tercer período con los reinos de Taifas, que representan el triunfo de lo vario sobre lo uno y son símbolo de ruinas.

El Califato de Córdoba «fué una monarquía española que tenía su base en Andalucía en vez de tenerla en Castilla», pero el Estado no era español, era asiático, oriental; por eso representa el último momento histórico de la influencia siria en la Península, que había durado ya 500 años.

«El Califato cordobés había sido no el momento, pero sí uno de los grandes momentos universales, imperiales. En Córdoba tuvo su centro un imperio español que, a no haber tenido una entraña falsa — no española —, pubiera haber sido ya nuestra fórmula definitiva», afirma Antonio Tovar.

El Califato de Córdoba comprendía dos zonas: *la civil*, zona andaluza orientada, y *la urbana*, dividida en provincias; eran: Elvira, Sevilla, Jaén, Murcia, Sidonia, Málaga, Córdoba, Niebla, Badajoz, Mérida, Tacorona, Ocsonoba, Pechina y Alicante. Las regiones militares eran tres: Zaragoza, Medinaceli y Coimbra.

Se presentará un gráfico del Imperio cordobés extendido a ambos lados del Estrecho, correspondiente a la época de Abderramán III y de Alhaquem II.

En esta época, el mar Mediterráneo fué un mar musulmán, como herederos que eran los pueblos árabes de los púnicos.

En el primer período, la construcción árabe fracasó por desplazar la capitalidad fuera del territorio de la Península. Y en el segundo, por haber intentado crear una organización política sin la unidad moral del hombre, representada por el Cristianismo, que ya por obra de los hispanogodos se había convertido en la esencia del espíritu nacional. Y en la caída arrastró casi todos los elementos orientalizadores, que ya no volvieron a España.

Las aportaciones islámicas fueron múltiples y valiosas; desde el perfeccionamiento agrícola hasta la creación de un arte propio. Sobresalieron españoles, mozárabes, en todas las manifestaciones del saber: arquitectos, escritores, filósofos, que fueron creadores de una cultura cordobesa que se extendió a los reinos cristianos de la Península, y que, a través de la Escuela de Toledo, reveló a toda Europa un mundo desconocido y conservado por Alhaquem II, así como el mundo griego.

Lección VII

La resistencia. — Mozárabes. — La Reconquista. — Sus núcleos y proyección para el porvenir. — La línea "legítima" goda"

Dada la rapidez con que se desarrolló la invasión árabe, se formó en los hispa-

nogodos la conciencia de que la ayuda más poderosa para vencer aquellas gentes había de venir de Dios, y se refugiaron en las montañas de Asturias, en los Picos de Europa y en la falda de los Pirineos orientales para defender el suelo patrio, la catolicidad; y así empieza *la resistencia*.

En Asturias se estableció el reino de los godos, considerado como una continuación del de Toledo. Pelayo fué el primer rey y derrotó a los musulmanes en la batalla de Covadonga en el año 718. Quedando demostrado que, a pesar de la fortaleza árabe, los conquistadores podían ser vencidos. Animados por creer la batalla obra de la intercesión de la Virgen, organizaron el reino y prosiguieron las luchas.

Acerca del origen de Don Pelayo, hay muchas versiones, pero la más autorizada nos lleva a la creencia de que *la resistencia* frente a los musulmanes fué organizada por los nobles y señores hispanogodos que no se sometieron a los conquistadores, por lo cual *la Reconquista* cristiana es la continuación de la línea «legítima goda», representando la continuidad cristiana en la línea de gobierno de los nacionales. Así como hemos visto que a la organización musulmana de la Península le faltó el espíritu cristiano que constituyera la unidad moral de los hombres, no fué porque ese espíritu se hubiera perdido, sino porque se conservó por los los hispanogodos que se refugiaron en las breñas de las montañas. La Reconquista es la continuadora del reino hispanogodo de Toledo.

Los mozárabes, que ya hemos conocido en la lección anterior dentro de la España musulmana, especialmente en su primer período como provincia del Imperio de Damasco y aun después en el Imperio español de Córdoba, representaban *la resistencia* entre los invasores, y llegaron a tener organización militar y a ganar batallas al propio Imperio de Córdoba; una magnífica floración de ese movimiento la tenemos en San Eulogio de Córdoba, y gracias a aquel movimiento interior dentro del Imperio, no se perdieron del todo las creencias, no se interrumpió la continuidad de la Iglesia y se pudo conservar, más o menos viva, la fe. De modo que la Reconquista se vió apoyada por la resistencia interior, que no dejó momento de reposo a los ocupantes, y la resistencia exterior pudo progresar en sus primeros tiempos gracias a las luchas entre los propios invasores.

El reino de Asturias tuvo su capital en Oviedo; conquistó luego Galicia, y, en tiempo de Ordoño II, se trasladó la Corte a León, y en lo sucesivo se llamó reino de León.

Para defender las fronteras avanzadas del reino, los monarcas fundaban castillos, defendidos por Condes, que venían a ser a modo de líneas de choque y eran los que avanzaban y retrocedían, según los empujes, allí se albergaban las mejores tropas y los hombres más templados.

De uno de estos castillos nació el potente reino que encontraremos más adelante, asumiendo el papel de director de la política nacional.

La Reconquista oriental es más moderna; los primeros núcleos, de Este a Oeste, son: Navarra, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza, Pallars, Urgel y Barcelona. Su vida fué difícil por encontrarse entre los francos y los musulmanes y constituir, por tanto, una fuerza de choque que pasaba de uno a otro reino, y fué necesario que lograra una fortaleza seria para poderse hacer independiente de los francos y resistir a los musulmanes.

Los condados de Sobrarbe, Ribagorza-Pallars, Urgel y Cerdeña, lograron hacerse independientes de los francos a fines del siglo IX, pero fueron absorbidos por Sancho el Mayor de Navarra, y en 1037 pasaron a depender definitivamente de Aragón.

El reino de Navarra, hasta que logró su gran rey Sancho el Mayor en 1035, no entró de lleno como elemento de primer orden en la vida de la Reconquista, y se constituyó en aquella época en el centro cristiano más poderoso de la Península.

Del Condado de Aragón tampoco tenemos noticias fidedignas hasta mediados del siglo IX.

El Condado de Barcelona nació de la frontera española de Carlomagno. Se hizo «Marca hispánica» como avanzada de la independiente con Wifredo el Velloso a finales del siglo IX.

Por lo tanto, durante la invasión musulmana de la Península vemos la convivencia permanente de dos modos de vida con dos creencias y dos organizaciones: la mahometana del invasor y la cristiana, representada por la línea legítima e hispanogoda.

Después de las primeras luchas, el dominio musulmán tendió a estabilizarse en una zona de máximo interés económico y político.

Del siglo VIII, al que comprende los dos primeros períodos de la dominación musulmana, el sujeto político más importante de la Península fué el Califato, y los reinos cristianos se encontraron en situaciones verdaderamente difíciles y heroicas, y sólo consiguieron llegar hasta el Duero como frontera estabilizada.

La caída del Califato español de Córdoba en 1031 coincidió con Fernando I de Castilla; señala el cambio de sujeto histórico en la Península, pues, a partir de ese momento histórico, los reinos cristianos pasarán al elemento más importante, y, además, representarán el único camino posible hacia la unidad, constituída a base de la fe cristiana y con la organización política continuadora de la monarquía visigoda de Toledo.

Dejamos la Historia alrededor de mediados del siglo XI. Y dos grandes proyecciones cristianas: la del reino de León, que avanza hacia el Sur, y las de Navarra y Cataluña, que se dirigían hacia el Ebro.

Conviene presentar un gráfico en el cual se vea claramente el movimiento de oscilación de las fronteras españolas del Pirineo oriental hasta consolidarse los reinos cristianos españoles, y luego la frontera interior, entre el reino musulmán y el español, para dejarla consolidada en la línea del Duero. Pudiendo apreciar de este modo el cambio de sujeto histórico alrededor del siglo XI.

Lección VIII

Castilla. — Fernán González. — Sentido de Unidad. — Leyendas del Cid y Bernardo del Carpio

La palabra Castilla significa avanzada en el peligro. Y, mejor, unidad de puntos avanzados para el combate y la empresa. Puntos que parecen alejados geográficamente y están enlazados por un destino, por un servicio. Por eso cuando se disgregó el imperio español de Córdoba no fueron León y Navarra los reinos que recogieron los tres siglos de resistencia, fué Castilla, que representaba «una política capaz de afrontar una nueva lucha y crear un nuevo Estado» en contraste con las concepciones tradicionales de leoneses y navarros.

La misión constructiva de Castilla consistió en unificar la meseta protegiendo sus flancos contra Navarra, los almoravides y los almohades.

Este sentido de Unidad que caracteriza a Castilla aparece, como todo lo que sobresale e impresiona, en las leyendas, poemas y romances que llenan la Edad Media.

En el libro *Flor nueva de romances viejos* podemos estudiar la vida legendaria de Bernardo del Carpio con un sentido de liberación frente a la invasión francesa que entraba por Roncesvalles, frente a la debilidad de Alfonso II el Casto, que se hacía vasallo de Carlomagno, renunciando a la libertad indispensable para realizar el destino de su reino.

Ocho romances componen la vida del héroe desde su nacimiento:

> En los reinos de León
> el Casto Alfonso reinaba;
> hermosa hermana tenía,
> Doña Jimena se llamaba...

Hata su triunfo resonante sobre los franceses en Roncesvalles, después de haber reunido sus fuerzas por todas las altas tierras de España:

> Los labradores arrojan,
> de las manos, los arados,
> las hoces, los azadones
> los pastores sus cayados;
> los jóvenes se alborozan,
> aliéntanse los ancianos,
> despuéblanse las ciudades
> y lugares comarcanos;
> todos a Bernardo acuden
> «libertad» apellidando,
> para acabar con la huida del enemigo.
> Ya desmayan los franceses.
> Ya comenzaban de huir.

El poema de *Mío Cid* es la cumbre de todas las leyendas históricas. No representa al sentido de independencia y de aislamiento como los demás, sino que se pone en contacto con todos los reinos de la Península. Pero este contacto se establece por medio de Castilla. Es un caballero cristiano, valiente, luchador y aventurero; por lealtad a su Rey soporta la desgracia, no se amilana, sino que se lanza a la conquista para devolver reinos a quien les diera injusticias. Es, a la vez, audaz y soberbio. Representa la exaltación del sentimiento de fidelidad al mando; nada puede separarle

de su Rey, aun siendo éste injusto, pues por encima de la persona real ve a la empresa de la Patria, y el Monarca, entonces encama. Es un anticipo de la labor que realizará Castilla uniendo a todas las tierras de España.

La idea de España, es decir, la idea de Unidad, se ha ido fraguando lentamente. Si observamos sobre el mapa de España cómo desde los Pirineos han ido avanzando en forma de abanico los reinos cristianos y uniéndose entre sí hasta situarse los dos reinos resultantes, Castilla y Aragón, ante los muros de Granada, nos podremos dar cuenta de cómo la integración ha predominado sobre la dispersión y se ha logrado la Unidad.

Lección IX

Navarra y Cataluña. — La expansión imperial aragonesa. — Sentido de Unidad y tendencias disgregadoras. — Leyenda de Wifredo.

Navarra y Cataluña. — Navarra fué el núcleo unificador de los Pirineos occidentales. Ya hemos visto que en un determinado momento ejerció plena soberanía hasta el condado de Ribagorza. En estas condiciones continuó como reino hasta que en 1076 fué incorporada al reino de Aragón, los reyes aragoneses Pedro I y Alfonso I fueron también reyes de Navarra en 1134, en que volvió a separarse, siendo gobernada por García Ramírez el Restaurador. El reino de Navarra fué vasallo del reino de Castilla en tiempo de Alfonso VII el Emperador, concertándose el matrimonio de Sancho, hijo del Rey de Navarra, con una hija del Rey castellano, librándose así del vasallaje. En tiempo de Sancho VII el Fuerte, Castilla le quitó Guipúzcoa y Alava, y aunque quedó mermado el reino, Sancho VII tomó parte en la batalla de las Navas de Tolosa, contra los almohades.

Sancho VII no pudo evitar que, a su muerte, Navarra pasara a la dinastía francesa y fuese gobernada por los condes de Champaña. A partir de este momento, Navarra se desentendió de los asuntos peninsulares y cooperó a la política francesa.

Posteriormente logró volver a la dinastía aragonesa, para caer, finalmente, en la Casa de Foix, hasta que Fernando el Católico la incorporó definitivamente a España.

Como vemos, Navarra se vió restringida por la expansión castellana, que le quita las Vascongadas y Rioja, y por la tendencia disgregadora del reino aragonés, que se anexionó Sobrarbe y Ribagorza. Y, más tarde, por la política asimiladora seguida por la Casa real francesa, que, mediante matrimonio, reforzó aún más su posición desintegradora; Navarra quedó convertida en un Estado tapón.

El condado de Cataluña formaba parte de la marca Hispánica o región conquistada por Carlomagno para poner un dique a la invasión árabe y ensanchar sus territorios al sur de Francia. Con Wifredo el Velloso, el condado de Barcelona se hace independiente. La leyenda de Wifredo el Velloso representa el sentido de independencia merced al cual se pudieron recobrar a sí mismos los cristianos y constituir sus reinos.

Herido de muerte en un combate contra la morisma como vasallo del rey francés Ludovico Pío, suplica a éste, como premio, le libre de todo vasallaje. El francés accede y aun le da escudo propio, mojando sus dedos en la sangre que brota de la herida del conde catalán y marcando en rojo cuatro barras sus dedos en el escudo de oro de Wifredo.

Ramón Berenguer III es uno de los grandes condes de Barcelona y quien, por su matrimonio con la condesa de Provenza, adquiere el título de conde de Provenza y derechos a varios Estados del sur de Francia. Su hijo, Ramón Berenguer IV (1131-1162), al casarse con Doña Petronila, hija de Alfonso I el Batallador, adquiere el título de Rey de Aragón, uniéndose así estos dos Estados. Este Príncipe conquistó Lérida y Tortosa, completando la reconquista del condado y preparando los sucesivos avances de sus descendientes; con tesón y prudencia mantuvo sus derechos frente a un Monarca tan poderoso como Alfonso VII de Castilla. Intervino con fortuna en las relaciones europeas internacionales y afianzó su justa fama por Tratados celebrados con Inglaterra, Sicilia, Génova y Pisa.

La expansión imperial aragonesa. — Aragón, que había nacido en el valle alto de los ríos Aragón, Gállego, Arga y Cinca, se había extendido con Sobrarbe y Ribagorza,

y más tarde vivió unido al reino de Navarra.

Uno de los grandes reyes, Alfonso I el Batallador, pudo haber realizado una unión con Castilla por su matrimonio con Doña Urraca, pero fracasó el matrimonio y se separaron los reinos.

Alfonso I el Batallador, el único soberano aragonés que lleva el título de «Emperador», por estar casado con una Princesa castellana, da un golpe terrible a los árabes, tomando Zaragoza, Darca y otras ciudades importantes. Alfonso I realiza una incursión arriesgadísima en ayuda de los cristianas, que vivían en Granada. Acude allí el Monarca después de atacar Valencia inútilmente, y con el auxilio de los cristianos granadinos, estuvo a punto de tomar la ciudad tres siglos antes que los Reyes Católicos. Sin embargo, el apoyo que enviaban desde Africa lo impidió, y tuvo que volver a tierras aragonesas, produciendo sólo un gran efecto moral. Estando sitiada la ciudad de Fraga, murió este gran Rey, cuya autoridad se extendía más allá de los Pirineos y se titulaba rey de Bayona.

En tiempo de su sucesor, Ramiro I el Monje, se concierta el matrimonio de su hija Petronila con el heredero del condado de Cataluña.

Mientras reinaba San Fernando en Castilla, otro gran Rey, Jaime I el Conquistador, reinaba en Aragón.

En un Tratado de que hace éste con el Rey de Castilla, se marcan los límites que a cada Monarquía le corresponde reconquistar, y después de la toma de Valencia y Murcia termina lo correspondiente a Aragón. Con la conquista de las islas Baleares inicia Jaime I el camino de la expansión de la Monarquía oriental, iniciando la política mediterránea.

Pedro III, su hijo y sucesor, continúa esta política de expansión por el Mediterráneo, y después de las Vísperas Sicilianas, en que los de Sicilia echan de la isla a los franceses, que eran dueños de ella, Pedro III establece en ella su poder. Es un nuevo escalón en el dominio del Mediterráneo.

Uno de los hechos más audaces de la Edad Media es la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente para ayudar al Emperador de Constantinopla en su lucha contra los turcos. Consecuencia de esta expedición es que haya durante setenta y cuatro años un reino español en Grecia.

He aquí la dirección expansiva de Aragón, que ofrecerá a España una posición imperial. Pues lo que comenzó siendo ocupación de varios puntos, acabó por ser una política de reintegración y unificación para el dominio del Mediterráneo. La política que se establece a finales del siglo XIV, a base de la diagonal Baleares-Cerdeña-Sicilia, es consubstancial con la figura geopolítica del Mediterráneo, que durará tres siglos, hasta las paces de Utrech y de Rasdt. Pero, a causa de la poca marina catalana-aragonesa, no se podrán sostener las conquistas del Mediterráneo oriental por ser zonas muy alejadas.

Lección X

El nacimiento de Portugal. — Portugal, como destino complementario. — Tendencia disgregadora

Portugal, como reino independiente, no aparece hasta el siglo XII.

A fines del siglo XI, el conde francés Enrique de Borgoña vino a España para ayudar a Alfonso VI de Castilla en la conquista de Toledo. Agradecido el Rey de Castilla, le casó con su hija Teresa, dando a los esposos en dote el gobierno de Portugal, con el título de Condes para ellos y sus descendientes. Pero estos Condes aspiran a convertirse en soberanos, hasta que, en el año 1144, Alfonso VII el Emperador reconoce la independencia de Portugal. El nuevo Rey puso la Corona bajo la protección de la Santa Sede, y comienza la época de lucha de Portugal contra los árabes, instalados al sur de su reino, y con los demás soberanos castellanos, aragoneses y navarros.

Hay alternativas de paz con los Reyes castellanos en que se conciertan matrimonios entre ambos reinos; pero, en el fondo, Portugal estaba cada vez más temerosa de Castilla: temía siempre volver a ser un Estado dependiente de ella, y ese sentido de nacionalidad es lo que movió a los portugueses a combatir en la batalla de Albujarrota (1385), en la que vencieron a los castellanos e implantaron en Portugal la dinastía de Avis con el rey Juan I. En el siglo XIV no comprendían cuán impolítica para el futuro había de resultar la separa-

ción ibérica, cuando las condiciones geográficas aconsejaban una indisoluble unión a base de fuerzas y poderíos.

Esta derrota afirmó a la Casa de Avis, y uno de sus representantes más ilustres, Don Enrique el Navegante, impulsó la expansión portuguesa.

Don Enrique el Navegante, Infante de Portugal, se instaló en el promontorio de Sagres, rodeado de cosmógrafos y marinos, dedicado a sus estudios y al impulso de las exploraciones marítimas. En su tiempo comenzó el llamado «Periodo Atlántico», siguiendo dos direcciones: una hacia el Estrecho, por el Sur de Ceuta, en 1415, pero los soldados de Castilla habían llegado ya con anterioridad a Tetuán y habían comenzado la conquista de las islas Canarias en 1402; y otra hacia Africa, descubriendo las islas Maderas y las Desiertas; otros navegantes, alejándose del litoral, llegan a las Terciarias, San Jorge y Cabo Verde.

Durante el último cuarto del siglo XV llega Vasco de Gama a la India. Portugal había plantado sus escudos por toda la costa de Africa. Y no había de tardar en llegar el momento en que el mundo estuviera dividido entre España y Portugal.

Portugal, como destino complementario. Si bien Portugal ha operado como elemento disgregador de la unidad peninsular, se observan en su desarrollo histórico las características siguientes: En la Reconquista, ha seguido una dirección análoga a la de Castilla: de Norte a Sur. Como no ha podido extenderse por el Este a causa de la resistencia castellana, su expansión ha tenido que ser marítima, como la del reino de Aragón. Para la seguridad de las conquistas realizadas en el sur de la Península, es preciso dominar el Estrecho, y esta necesidad es tan patente, que Castilla se lanza a su conquista y Portugal coopera porque también necesita de la misma garantía.

En cuanto a las grandes batallas que con carácter unitario fué conveniente librar en determinados momentos para contener el empuje de los musulmanes, Portugal cooperó como los demás reinos de la Península; así, la vemos presente en las batallas de las Navas de Tolosa y en la del Salado.

Y cuando la hora de la expansión marítima llega para la Península, España y Portugal rivalizan, aunque siguen caminos distintos y opuestos. Mientras España puede seguir dos direcciones, mediterránea y atlántica, Portugal se lanza por el Atlántico y en Dirección Este, y entre ambos reinos, conocen el imperio ultramarino más grande de la Historia.

El sentido castellano de la unidad peninsular, en varias ocasiones intentará lograrla, sin conseguirlo: en tiempo de Juan I de Castilla, de los Reyes Católicos y de Felipe II Sin embargo, el destino de Portugal será siempre complementario del destino de España, ya que ambos reinos constituyen una sola unidad peninsular: se han unificado en la lucha más duradera contra los musulmanes y ambos están constituídos principalmente por su unidad religiosa, sometidos a los mismos riesgos, a los cuales solamente pueden hacer frente sirviendo a su destino, que es el destino que les ha definido en la Historia como una unidad en lo Universal.

Lección XI

Forja de la idea de España. — Los Reyes Católicos. — Unidad en el hombre y entre los hombres. — Entre las tierras y entre las clases

El primer problema que plantea la unidad lograda en España como consecuencia de la Reconquista, unidad de Castilla y Aragón, es el siguiente: si será regida por el signo de Castilla y de Aragón o por el signo de Portugal, es decir, si predominará el sentido de integración representado por Aragón, o si pasará a Portugal con su sentido de expansión atlántica.

La batalla de Toro y Albuera y la paz de Trujillo en 1474, decidieron la lucha a favor de los Reyes Católicos.

¿Para qué se ha realizado esa unidad de territorio y de Gobierno? En la respuesta encontraremos la clave que encierra el porvenir de España y termina con la Edad Media española. Se ha hecho la unidad para encontrar una norma interior independiente de la voluntad e intereses de la dinastía reinante. Por eso, en Castilla y Aragón no se luchará ya contra los nobles, sino contra el sistema feudal que representan. No se vivirá ya de la fuerza militar de esa o la otra familia, sino que se creará un ejército permanente después de la toma de Granada. En la Marina, los cargos de Almi-

rantes estaban vinculados a determinadas familias de Aragón y Castilla; se creará el cargo de Almirante de Indias para Colón. Pero las Reales Cédulas sucesivas nombrarán para el mando de las flotas personas aptas, con los títulos de Almirantes, Vicealmirantes, Capitanes o Generales de Mar. Para el mantenimiento del orden interior se crearon las Santas Hermandades.

También se unificó el patrimonio nacional con la incorporación de los Maestrazgos.

La unificación legislativa de Castilla la representan las Leyes de Toro, y las de Aragón, la compilación de Fueros y la de Privilegios.

Se unificó la administración de justicia que se hizo por los Reyes y en su nombre.

Como consecuencia de tales medidas, se reforzó la autoridad real y se pusieron en sus manos todos los instrumentos de Gobierno.

Pero esta unidad instrumental tan costosamente lograda, hubiera fallado completamene si no se conseguía lograr la unidad de fines en el hombre y, por consiguiente, unificar sus intereses. Los Reyes Católicos, para conseguir esa unidad, afrontaron el problema de las creencias. Existían en la Península diversidad de religiones y tres núcleos sociales: mozárabes, judíos y cristianos, y tenía que desaparecer esa pluralidad, y a este fin eligieron la verdadera que puede llevar al hombre al cumplimiento de su fin: la Católica. Buscaron primero la conversión de los judíos y la sinceridad de los mozárabes, que, llamándose católicos, no lo eran de verdad; con los que no se convirtieron tomaron una medida radical: la expulsión. Y con la unidad religiosa sentaron la base de la unidad en el hombre. Si todos los españoles creen ya el verdadero Dios, todos tenderán a vivir de acuerdo con su Santa Ley.

Para vigilar esa unidad pidieron al Pontífice el establecimiento del Tribunal de la Inquisición, encargado de velar por la pureza de la Fe.

Era necesario que ese destino individual se armonizara con el destino colectivo de todos los españoles, para que ellos, espontáneamente, se prestaran a servirlo. ¿Cuál podía ser esa coincidencia entre el destino individual y el colectivo? Veamos la situación política de entonces para ver cómo los Reyes Católicos pudieron encontrar ese destino.

La expansión aragonesa en Italia constituía la base de la defensa por la derecha del Mediterráneo contra el avance turco. Y nuestra enemiga, la nación que quería arrebatarnos esa posición, era Francia. La posesión de la costa Norte de Africa constituía el medio de defensa de nuevos ataques de los mahometanos contra las costas de España y bases para la defensa del Mediterráneo contra los turcos. En ambos flancos del Mediterráneo íbamos a luchar por mantener alejados a los enemigos de la fe católica, y para nuestro predominio político en el Mediterráneo; es decir, que a la par que defendíamos ideologías defendíamos intereses.

Para que pudiéramos gozar de las posibilidades que los descubrimientos atlánticos ofrecían a Portugal, la Providencia permitió que Colón buscase apoyo en los Reyes Católicos y que, protegido por ellos y por el heroísmo de los españoles que creyeron en sus proyectos, se diese cima a tal empresa.

El Nuevo Mundo fué la columna del sentido atlántico de la expansión de España. Nosotros descubrimos por el Oeste, mientras Portugal continuaba descubriendo por el Este. La línea de demarcación de Alejandro VI y el Tratado de Tordesillas deslindaron los campos de expansión de ambos países y les dieron la posesión de las tierras descubiertas.

El destino de España se presentaba claro ante la mente de los Reyes Católicos: luchar contra los infieles para mantener la unidad de la fe en Europa y llevar la luz de la fe a los países descubiertos que no la conocían. Era un destino de salvación. El Estado de los Reyes Católicos no iba a defender los intereses de una clase ni de un grupo, sino de todos los españoles, sirviendo un interés más alto: lo permanente, cuya cabeza estaba en Roma. El destino que iba a servir España transcendía de sus fronteras, tenía sentido imperial.

Como complemento y base de esa unidad moral había de lograr la unidad territorial de la Península; pero como Portugal era independiente, su destino había de ser, en lo sucesivo, complementario del de España, ya que tenía las mismas creencias y los mismos intereses.

Por esta razón, España organizará las Indias descubiertas como Provincias imperiales, y con ello logrará unidad territorial para la nación, ya que no era posible la continuidad del territorio.

Para cumplir ese destino llamará a to-

dos los hombres, a todas las clases, para que, debidamente jerarquizadas, se pongan de una manera consciente al servicio de la Patria.

España sentía la necesidad de llevar la fe y el idioma a los países descubiertos, fundirse con ellos y crear una gran familia hispana. Como resultado de esas ansias de expansión, España ha creado una nueva raza, la mestiza, que constituye el mayor timbre de gloria que podemos presentar hoy como resultado de nuestra obra en América.

El Imperio existía ya.

Lección XII

La idea del Imperio. — La obra de Indias: su valor y consecuencias. — Falsas interpretaciones

La idea del Imperio la hemos visto germinar y desarrollarse anteriormente, a través de la Reconquista; pero sólo podrá afirmarse plenamente hacia 1500.

Cuando los Reyes Católicos llegan al Poder, se presenta el momento crítico de decidirse por los grandes destinos: uno de ellos es la defensa de las posesiones exteriores, adquiridas durante la Edad Media, y, como consecuencia, la política Mediterránea, que recibió el incremento necesario por dos causas: una, la aparición de los turcos en el Mediterráneo occidental, y otra, la renovación de las apetencias francesas sobre Italia, y el segundo gran destino fué la política atlántica, que pudimos ya afrontar por el descubrimiento de América.

Paralelamente al afianzamiento del antiguo Reino de Aragón en Italia (Nápoles y Sicilia), se hizo el descubrimiento del Nuevo Mundo, que representaba la expansión de Castilla, por el Atlántico. Cristóbal Colón, Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente y Juan de la Cosa, el 12 de octubre de 1492, desembarcan la isla del Salvador. El historiador López de Gomara, dice: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias.»

Los descubrimientos, en tiempos de los Reyes Católicos, fueron principalmente isleños y costeros; en tiempos del Imperio fueron continentales.

(Con un gráfico del Océano Atlántico con América y Europa, se mostrará a las alumnas las Indias españolas, para que se den cuenta de la extensión de los pueblos hispánicos.)

Estos descubrimientos acrecentaron la importancia política de España, porque causaron al mundo verdadero estupor. Las riquezas que ofrecían eran enormes; pero España estaba interesada en la propagación de nuestra fe a los indios. «Hay que partir de aquí si se quiere comprender la colonización española en América.»

El hecho del descubrimiento planteó el problema de la condición jurídica de los indios en América. Era creencia universal que los pueblos bárbaros y salvajes podían ser esclavos. Isabel de Castilla y sus consejeros, por sus creencias cristianas, rechazaron ea condición legal en boga, y por Orden de 20 de junio de 1500 prohibieron que los indios fuesen vendidos como esclavos ni considerados como tales. Conviene recalcar bien que por PRIMERA VEZ EN EL MUNDO EL RESPETO DEBIDO A LA DIGNIDAD DE LOS HOMBRES, POR INCULTOS Y SALVAJES QUE FUESEN, ERA PROCLAMADO LEGALMENTE. Y este honor corresponde a España, a pesar de cuanto hayan querido afirmar nuestros seculares enemigos. Este acto jurídico se convirtió en una realidad social dentro del Imperio español, y por Cédula de 1526 se declararon hombres libres a todos los indios.

Y precisamente porque los indios fueron declarados libres como todos los demás españoles blancos, se llevó la esclavitud negra a las tierras descubiertas que ya empleaban los portugueses en sus dominios. Y varios pueblos de Europa que habían de difamarnos más tarde, se disputaron permisos para llevar cargamentos de esclavos negros a las Indias españolas. Varios antiesclavistas en España levantaron su voz contra la esclavitud negra entre ellos, Avendaño, Albornoz, Sandoval y, sobre todo, el jesuita San Pedro Claver, llamado el Apóstol de los negros.

La igualdad jurídica de los hombres y de las tierras de las Españas, era la base constitucional del Imperio. Unicamente a última hora, como veremos en otras lecciones, cuando las tendencias liberales desviaron la misión del Imperio, se empezó a hablar de eso de las colonias...

En el Imperio de España no había ni

colonias ni metrópoli; no podía haberlas, porque sólo podían existir provincias.

El problema jurídico de la ocupación de los territorios descubiertos se resolvió, no sólo por la Bula del Papa Alejandro VI, sino porque los teólogos y juristas españoles demostraron que la única base del título de ocupación era de índole moral y humana, frente al principio establecido en aquel tiempo a base del principio patrimonial y del libre derecho de conquista.

La leyenda negra antiespañola, en lo que a los indios se refiere, es un eje de tres siglos que ha venido rodando con apoyo de dos ruedas distintas y distantes: la Historia de Fray Bartolomé de las Casas y las Noticias Secretas de América, de Jorge Juan y Antonio Ulloa, publicadas estas últimas con perversa intención en Londres en el año 1826, por David Berry...

Otro de los que también contribuyeron a la leyenda negra en este aspecto, fué el italiano Jerónimo Benzon, que en la primera mitad del siglo XVI publicó una tendenciosa Historia del Nuevo Mundo, valientemente refutada por Quevedo, al salir en defensa de la verdad española.

Ganar sus almas para Dios fué el motor que movió todas las grandiosas empresas imperiales. Y, por ello, fué nuestro Imperio apostólico en América y prefirió, en Europa, perder los Estados a transigir con los herejes...

Lección XIII

Expansión española en Italia. — Política europea. — Defensa y ofensa africana. — Cisneros. — Prestigio cultural

La expansión española en Italia la había comenzado en la Edad Media la Corona de Aragón. A finales del siglo XIV quedó establecida la diagonal Baleares-Cerdeña-Sicilia, que veremos durar como figura peopolítica hasta la paz de Utrech y Rastad.

La diagonal quedó garantizada, por la izquierda, con la conquista de Córcega y Nápoles, y por la derecha, con la conquista de Orán, Argel, Bujía y Trípoli. Con estas conquistas se evitó el ataque a España procedente del Norte de África y los ataques de Francia a sus posesiones de Italia. (Conviene que se presente un gráfico del Mediterráneo occidental, para conocer bien la situación de los territorios españoles.)

Para Doña Isabel, las guerras de África eran Cruzadas contra los moros, y para Don Fernando constituían la base para la seguridad del Mediterráneo.

Don Fernando el Católico pretendía la hegemonía del Mediterráneo, dominando el paso entre Sicilia y Túnez.

Esta política africana tuvo dos aspectos que importa considerar: defensiva de las posesiones que ya teníamos y ofensiva contra los moros, para adquirir las plazas que faltaban para completar la defensa del dominio mediterráneo y de las costas meridionales de España.

Más tarde, constituiría el norte de África una base de operaciones contra los turcos.

El Rey Católico se apoyó en América y en África, y desarrolló una habilísima política matrimonial dirigida hacia Europa, también con un doble fin: evitar el cerco de España y dividir a sus enemigos, y así el matrimonio de la Infanta Catalina con el Príncipe heredero de Inglaterra, para tratar de llevar a Inglaterra contra Francia, y el matrimonio de la Infanta Doña Juana con el hijo del Emperador Maximiliano de Alemania y el del Príncipe don Juan con la Archiduquesa Margarita, hija también del Emperador Maximiliano. Pudo llevar a cabo estos enlaces, aprovechando la oportunidad de encontrarse enemistados Alemania y Francia.

Y, finalmente, logró las segundas nupcias de su hija la Infanta Isabel con Manuel de Portugal.

Pero en 3 de octubre de 1497 muere el Príncipe Don Juan, y la esperanza de unión definitiva y española de los dos reinos que ya formaban una sola nación, España. Y precisamente por haber perdido la garantía de un Gobierno completamente español, Don Fernando, muerta la gran Reina Doña Isabel, y ante la confabulación del Emperador Maximiliano de Alemania, de su hijo el Archiduque Felipe el Hermoso, ya heredero con su mujer Doña Juana de Castilla, y del Rey de Francia, para desposeerle de la Regencia de Castilla, se casó con Germana de Foix, sobrina del Rey de Francia, deshizo el golpe y creó la posibilidad de un heredero español para la corona de Aragón.

La casi repentina muerte de Don Felipe I el Hermoso, hizo que la Regencia de Castilla volviese de nuevo a Don Fernando has-

la su muerte, en cuya época fué llamado a la Regencia el Cardenal Cisneros.

El Cardenal Cisneros tenía setenta y nueve años y le quedaban dos de vida, que iban a ser los más ocupados de su vida. Sometió a la nobleza, por lo que ésta se disgustó con el Regente; continuó la política en América velando por el respeto de los indios, y preparó la venida de Don Carlos, creando la milicia ciudadana que se llamó «Gente de la Ordenanza», para asegurarle la obediencia de los súbditos y mantener el orden en el reino. Creó los ejércitos permanentes; una Marina reorganizada para defender las costas andaluzas contra turcos y berberiscos, y acomodó navíos para acrecentar nuestras comunicaciones con América.

Murió sin poder entrevistarse con Don Carlos, que era lo que deseaban los flamencos; pero había sabiamente continuado la política de los Reyes Católicos en América, en África y en el interior del país.

El prestigio cultural de España fué creciendo en tiempo de los Reyes Católicos, contribuyendo a ello la introducción de la imprenta, saliendo de las prensas de Valencia en 1474 el libro más antiguo impreso en España, «Obres e trobes en lahors de la Verge María», y se difundió por varias poblaciones de España, especialmente cerca de las más notables Universidades. Se establecieron nuevas Universidades, Valencia y Alcalá, y gran número de colegios.

Fué obra del Cardenal Cisneros la publicación de la Biblia Políglota complutense.

El influjo político en Italia y Portugal hizo que el castellano se hablara en los dos países, por ser idioma de moda, y en América tenía ya entonces una gran expansión. Como consecuencia, el gran humanista español Antonio de Nebrija publicó la primera gramática de la lengua castellana, y el castellano era el idioma del Imperio.

El panorama cultural de América durante los fecundos años del Imperio, es una de las cosas que más pueden llenarnos de orgullo a criollos y peninsulares. Como en las restantes actividades humanas, España volcó entero cuanto tenía, y allí lo reprodujo con sus grandezas y defectos. Por eso la vida intelectual y la universitaria en Indias fueron semejantes a las de la Península.

La primera geografía de América se debe al español Enciso, y vió la luz en 1517.

Lección XIV

Los grandes Reyes, Carlos V y Felipe II. — El Imperio y Europa. — El Imperio y el Mediterráneo. — El Imperio de Indias. — Portugal en el Imperio

(Se presentará un gráfico que comprenda todos los territorios del Imperio en Europa, África, América y Oceanía, con colores distintos, según procedan de la Corona de España, del Imperio alemán y del Ducado de Borgoña.)

(Se notará la discontinuidad territorial del Imperio en Europa y la función que habrá de corresponder al Milanesado.)

Los grandes Reyes fueron Carlos I y Felipe II.

Desde la elevación de Carlos I, rey de España y Duque de Borgoña, al Imperio de Alemania, se convirtió en el monarca más poderoso de Europa, y desde entonces fué víctima de recelos y rivalidades.

Qué problemas tenía ya planteados, es lo primero que debemos considerar. La política de Carlos I recoge en un principio las directrices de la expansión aragonesa, porque, en realidad, coincidían con las de los territorios del Rhin, y con las del Imperio alemán. Recordemos que Aragón había tenido que adoptar una actitud hostil a Francia. Y Carlos I tendrá que luchar contra Francia por defender el Mediterráneo, los Países Bajos y las posesiones de Italia.

La política de Carlos I, tendrá que ser, además de hostil a Francia, favorable a una alianza con Inglaterra.

Ahora bien; al principio España representó para Carlos I, una ayuda, pero las Comunidades y las Germanías le hicieron comprender la divergencia de intereses de las dos partes de su monarquía, y desde entonces trató de conciliarlas hasta donde fuera posible, sin conseguirlo plenamente.

Una parte de la sociedad española se dió cuenta de que Carlos I, además de continuar las directrices antiguas de España, cuando luchaba contra la Reforma, contra Francia o contra los turcos, no solo quería vencer la disidencia religiosa, y defender las costas mediterráneas de la piratería y conservar la integridad de las posesiones italianas, manteniendo el enlace por el Milanesado, sino que pretendía más. Defendía la unidad de creencias en Europa; luchaba para evitar el avance oriental re-

presentado por los turcos y quería evitar el engrandecimiento de una Francia que, forzosamente, había de lograrlo a costa de los territorios del Imperio alemán, de las posesiones de Borgoña o de los territorios españoles de la península o de Italia.

Carlos I aspiraba a crear en Europa un orden fundado en lo permanente, manteniendo la unidad territorial, reflejo de lo que se había hecho en España.

Tendrá en contra los elementos disgregadores, representados por las unidades territoriales y la Reforma. La Reforma será germen de la disolución ideológica y escindirá a Europa en dos modos de pensar, de sentir y realizar la vida, que tendrán como límites el Rhin y el Danubio después de las terribles luchas para contener su desarrollo que librará España en defensa de la unidad de Europa y caerá derrotada en Westfalia. Las unidades territoriales favorecerán las alianzas con los turcos o con los ingleses y estados italianas, según convenga para contrarrestar los esfuerzos de España para mantener la unidad territorial del Imperio.

Carlos I ante la imposibilidad de que su hijo Felipe II reine sobre Alemania, nombra Emperador a su hermano Fernando, educado en España por los Reyes Católicos, especialmente por D. Fernando. Y a Felipe II deja los demás territorios del Imperio Católico Español.

El Imperio Europeo de Felipe II comprende, además de España, los Países Bajos, el Luxemburgo, el Franco Condado, el Milanesado y las posesiones de Italia. Pero le faltan los territorios de Alsacia y Lorena, Verdún-Metz-Toul por donde Francia introducirá la primera cuña ofensiva hacia el Rhin.

Desde nuestras posiciones pudo Felipe II intervenir y controlar los movimientos de ingleses, franceses y alemanes; desde aquellos territorios tuvo que sostener luchas de carácter militar y de carácter ideológico especialmente.

La tensión de España durante la época imperial fué constante, y huesos españoles quedaron en todos los continentes.

Para enfocar bien la política mediterránea de los grandes reyes del Imperio, conviene recordar, en presencia de un gráfico, la situación del sistema peopolítico que los Trastamaras aragoneses habían establecido en el Mediterráneo para podernos dar cuenta del esfuerzo que realizaron los turcos para disminuir la eficiencia de la diagonal insular. (Baleares-Cerdeña-Sicilia).

Italia, por no haber logrado su unidad, representaba una situación débil en el centro del Mediterráneo, y en cada extremo se encontraban posiciones sólidas. España en el O. y los turcos sólidamente asentados en el E. España dominaba allí porque durante la posesión del Milanesado controlaba toda tentativa de dominio e intervención europea; y por la posesión de Nápoles aseguraba la resistencia contra el turco.

En el siglo XVI los turcos, derrotados por Carlos I en Viena, intentan avanzar en el Mediterráneo, pero la resistencia hispánica consigue estabilizar la situación; los principales choques fueron por la posesión de Mesina y Malta que dominaba España. La piratería turca obligó, por fin, a una defensa colectiva, y las fuerzas dirigidas por don Juan de Austria la derrotaron en la batalla de Lepanto.

Francia, eterna enemiga de España, inmediatamente se une con el turco y le ayuda, a través de Argel, para que nos derrote, y consigue así crear zonas de inestabilidad que habrán de acabar anulando la diagonal peninsular.

Sin embargo, la unión peninsular, llevada a cabo por Felipe II con la conquista de Portugal ha puesto en manos españolas el Estrecho y el dominio de sus flancos, y ello tiene en aquellos momentos gran valor.

El Imperio de Indias continuó la trayectoría de los Reyes Católicos con éxitos crecientes. Desde España, Magallanes dió por primera vez la vuelta al Mundo, y Pánfilo de Narváez llegó hasta California.

Se exploraron y conquistaron los grandes Imperios de Méjico y Perú. Chile y Colombia también fueron dominados. Y se conocieron los grandes ríos Amazonas, Magdalena y el Plata.

En el Océno Pacífico se descubrieron las Islas Ladrones, las Filipinas y las Marianas occidentales.

A fines del siglo XVI las Indias se dividían geográficamente en dos virreinatos: el de Nueva España con cuatro audiencias y 18 provincias, y el de Perú con cinco audiencias y 10 provincias. (Conviene que sepan los nombres).

Teníamos dos rutas de comercio (que deben conocerse también), y desde 1521 el Emperador dispuso que se protegieran de manera análoga a lo que se hace hoy con los convoyes.

Que Portugal constituye el destino complementario de España se demuestra porque, aun en esta época imperial se lanzó

paralelamente con nosotros al descubrimiento del Mundo. Fué una princesa portuguesa la que compartió con el César Carlos I el Imperio Católico del Mundo.

La obra más grande de los españoles, la creación de su Imperio de Indias, se debe al acierto en llevar tres tipos de hombre a la vez: el navegante, el capitán y el misionero, y los tres fundamentos sociales fueron la creación del virreinato, la ciudad y la misión.

El centro geográfico de nuestra obra fué el mar Caribe con tres rutas, al N., cuyas avanzadas de la Hispanidad fueron California, Nueva Galicia, Tejas y Florida. La ruta del Centro y la del S. exclusivamente nuestras.

Lección XV

Los enemigos del Imperio. — Inglaterra y Francia. — La Reforma. — Causas de debilidad interior

Las enemistades del Imperio fueron de tres tipos: la ideología, la política y la económica, respectivamente representadas por la Reforma, Francia e Inglaterra.

La Europa occidental tenía una sola doctrina: la católica. Un estilo de vida, el latino. Y el centro espiritual era Roma. Por defender estos valores universales luchará el Imperio español.

Había defendido a Europa del peligro oriental árabe y ahora la defenderá del turco.

La Reforma fué la manifestación más antiespañola del Imperio. Y España no sólo luchará contra ella militarmente, sino que creará una fuerza dogmática, el Concilio de Trento 1545-1563, y una fuerza educadora de pervivencia católica, la Compañía de Jesús. Estas dos manifestaciones constituyen la gamada Contrarreforma.

El día 26 de octubre de 1546, día en que el jesuíta español Diego Laines, teólogo del Papa, pronunciaba en el Concilio de Trento su discurso sobre la justificación, se salvaba la creencia en el libre albedrío, y la unidad de la Humanidad. Y por estas razones continuaría luchando España, y conseguiría que Francia fuese católica, que lo fuese Bélgica y que se conservasen grandes núcleos católicos en Alemania.

Como consecuencia del dominio político de España en Europa, el estilo de vida española se impulsó paulatinamente.

España era el único país europeo que había logrado el Estado moderno; es decir, un Estado que se ponía al servicio del destino de la Patria. Mientras que en Francia y en Inglaterra servían intereses de príncipes gobernantes. Por esto España no variará de rumbo porque cambie el Rey, y pondrá su fuerza militar al servicio de sus creencias y al servicio de la unidad representada por Roma. Francia, dominada por la rivalidad contra España, se aliará con nuestros enemigos, aunque sean turcos, y fomentará toda desidencia nuestra, con tal de producirnos quebrantos territoriales.

Francia, enemiga de España, se alía con los turcos para fomentar los núcleos de resistencia contra nuestras posesiones; fortifica su núcleo provenzal, que le permita intervenir en los asuntos españoles de Nápoles y Sicilia, y, finalmente, consigue la ocupación de Córcega, mientras nosotros abandonamos la política de defensa de la diagonal insular. A Francia se unen finalmente nuestras enemigas del Norte, Holanda e Inglaterra, agravando nuestra posición en el Mediterráneo.

También Francia logra apoderarse de la Valtelina, cuya posesión permitía a España su comunicación con el Imperio.

Por defender a los católicos alemanes intervenimos en la guerra de los Treinta años que, después de batallas de suerte diversa, culminó con nuestro ataque a Rocroy y la mayor derrota continental de la infantería española en 1643.

Simultáneamente Inglaterra continuaba los ataques a España que habían motivado ya en tiempo de Felipe II el envío de la Invencible, y que por varias causas no había conseguido desembarcar en Inglaterra. Aquella derrota marítima, para un Imperio ultramarino como era el Imperio español, era gravísima, porque nos arrebataba el dominio absoluto de los mares y, por consiguiente, no había de ser posible sostenerlo, si no se recuperaba.

Como resultado, se organizaron las Compañías contra nuestras flotas comerciales; se atacó a La Coruña, Baleares, Las Azores, Cádiz, y, finalmente, se apoderaron de Jamaica, una de las más ricas islas americanas.

Por defender a los católicos irlandeses

intentamos desembarcar allí y, juntamente con los irlandeses, fuimos derrotados por los ingleses.

La ofensiva continental francesa y la marítima inglesa concluyeron siempre el apoyo que prestaron siempre a los Países Bajos. Y después de victorias como las de Ostende y Breda, acabamos por perder aquellos territorios y sus posesiones ultramarinas.

Con la paz de Westfalia de 1648 y la paz de La Haya de 1661, además de la pérdida de importantes y extensísimos territorios para España, se consumaban dos hechos de la máxima trascendencia internacional; uno, el triunfo definitivo de los protestantes que, para España, significaba la derrota ideológica de su empresa, ya que habiendo luchado por conservar la unidad, veíamos triunfante la desidencia; el mundo escindido en dos maneras de entender y sentir la vida; y otra, que Francia, nuestra eterna enemiga, pasaba a ocupar el primer lugar entre los Estados europeos, lugar que había venido ocupando España.

Por la Paz de los Pirineos, 1659, también, además de los territorios que perdimos, tuvo una significación más trascendente. En ella abdicamos nuestra hegemonía en Europa y reconocimos el poder de Francia.

(Interesa que las alumnas conozcan los tratados de paz que tuvimos que hacer durante el período que, por muchas causas, constituye nuestra derrota; y lo que perdimos en cada uno, pues solamente así pueden darse cuenta del proceso político de desintegración de nuestro Imperio.

Se presentará un gráfico con el Imperio en su plenitud y, marcados en negro, los territorios perdidos en el siglo XVII).

Al propio tiempo, Inglaterra y Francia favorecían todas las tendencias disgregadoras que se presentaba en España. La sublevación de Cataluña, Sicilia, Nápoles, que si bien fueron dominadas, costaron sangre y quebrantaron más todavía el poder moral interior. Y, finalmente, favorecieron la sublevación de Portugal. Inglaterra, Francia y Holanda se aliaron con Portugal; es decir, Portugal buscó en su apoyo nuestros mayores enemigos; y, finalmente, tuvimos que reconocer su independencia en 13 de febrero de 1668. Y Portugal ha continuado siempre en buena amistad con Inglaterra.

Al perder Portugal para la corona de España, se perdían también sus posesiones ultramarinas.

De modo que el destino complementario de España y Portugal estará siempre lleno de recelos, aun contando con la buena voluntad de portugueses y españoles, por interés de las potencias que ejerzan, en cada momento, la hegemonía de Europa.

Las causas de debilidad del Imperio español pueden resumirse en una fundamental y que integra todas las demás. España luchaba en el mundo por una unidad que a nadie interesaba ya. Y tenía enfrente a todos los herejes del mundo, que atacaban de tal manera que lograron, aun dentro de la Península, y en las provincias españolas de ultramar, que a muchos españoles también dejara de importarles la unidad por la cual luchábamos. España había perdido la unidad de destino: el destino universal representado por Roma, al servicio del cual luchó, y precisamente por su defensa se agotó en sangre y en dinero.

El final de la lucha y como síntoma de cansancio español, aparece en el trono católico de España un Borbón al servicio de Francia. Estamos en el año 1713, y desde entonces, la bandera inglesa ondea en el Peñón de Gibraltar.

Lección XVI

La defensa del Imperio. — La conciencia de derrota. — La debilidad económica. — Sustancia de un Imperio territorial sin sentido trascendente

La defensa del Imperio comprende tres zonas: en Europa, en Indias y en el Mediterráneo.

La separación de Austria del imperio español hizo imposible la supremacía en Centro-Europa.

Perdida la posibilidad de predominio, se produjo la vulneración paulatina, realizada por Francia, de nuetras defensas del Rhin, al propio tiempo que experimentábamos las consecuencias de nuestro fracaso parcial de la contrarreforma de Alemania.

En el orden interior, fueron manifestaciones de este tipo: los sucesos de Cataluña, Vizcaya, Aragón y Andalucía, y la guerra de separación de Portugal.

La obra de derrumbamiento de España en Europa la dirigió Francia. Lo mismo en

Italia y en el Rhin que en los Países Bajos, infligiéndonos la grave derrota de Rocroy en 1643.

La paz de Westfalia, en 1648, anulando la potencialidad de Alemania frente a Francia, favoreció el avance de Francia hacia el Rhin, y, más tarde, con la anexión del Rosellón y Cerdeña, Francia consiguió su frontera en los Pirineos.

Después de la Guerra de Sucesión, la Paz de Utrecht acabó de arruinar el poder de España en Europa, y Austria nos sustituyó en la misión de mantener el equilibrio en el Rhin y en el Pó.

La decadencia de España en el siglo XVII tiene como característica especial en el Mediterráneo el abandono de la política de defensa de la diagonal insular. Francia se fortifica en este mar, y Holanda e Inglaterra hacen también allí su presencia. Y las paces de Utrecht y Rascadt consolidan esta ruptura del frente hispano-mediterráneo.

A pesar de las derrotas sufridas en Europa durante este siglo, XVII, nuestro Imperio en América salió indemne de la Guerra de Sucesión y de todos los Tratados que se concluyeron. Sin embargo, en el Mar Caribe se libraron reñidísimas luchas por las Antillas, porque era el punto más vulnerable de la defensa hispanoamericana. Fueron los filibusteros y los bucaneros quienes atacaron todas aquellas costas y las Flotas de las Indias, para apoderarse de las riquezas españolas. Con tales luchas se preparaban las cunas inglesas y francesas que habían de abrir brechas en el bloque hispanoamericano durante el siglo XVII.

Nuestro Imperio también se mantuvo indemne en el Pacífico gracias al establecimiento del eje Méjico-Filipinas, que duró los siglos XVI y XVII. Durante este período tuvo que defenderse de la piratería china y japonesa.

Queda demostrado que España había realizado una empresa superior a sus fuerzas, y que, una vez redondeado el Imperio, se encontró sin los medios necesarios para su defensa contra la codicia de sus enemigos.

La conciencia de derrota. — Antonio Tovar dice en *Imperio de España*: «Los instrumentos creados en la época máxima del Imperio español — Teología de Trento, Jesuítas, Tercios de Flandes, Escuadra vencedora de Lepanto, hegemonía en Italia — van a ser puestos a prueba, y uno a uno van a fallar en el siglo XVII.» Y así ocurrió. (Conviene que las alumnas repasen cada uno de estos datos históricos para convencerse desde qué momento declina su eficia.)

La debilidad económica. — Los ataques que nuestros enemigos dirigieron contra España tenían un doble objetivo: destrozar el Ejército y arruinar nuestra Hacienda. Y, efectivamente, lo consiguieron, obligándonos a derramar sangre española en abundancia y gastar enormes sumas para una defensa estéril, pues no pudimos impedir el saqueo de nuestra Flota ultramarina ni el prendernos de girones territoriales de nuestro Imperio por las sucesivas paces que nos vimos forzados a aceptar. Dice a este propósito Menéndez y Pelayo: «Y en verdad que no es ciertamente agradable ocupación para quien quiera que tenga sangre española en las venas penetrar en el oscuro y tenebroso laberinto de las intrigas que se agitaron en torno del lecho de muerte de Carlos II, y ver a nuestra nación sin armas, sin tesoros ni grandeza codiciada, y, al mismo tiempo, vilipendiada por los extraños.»

Sustancia de un Imperio territorial sin sentido trascendente. — España había sufrido una derrota, de cuya magnitud probablemente no tuvieron conciencia sus contemporáneos. Habíamos caído defendiendo la unidad de fe; nuestro destino se había cortado y nos encontrábamos con el Imperio perfectamente organizado y con grandes riquezas, sin un ejército invicto y sin una marina poderosa, la más poderosa. Teníamos el territorio, pero nos faltaba el sentido trascendente por el cual habíamos luchado, y como ya no teníamos fuerzas para imponer a los demás nuestro destino, quedábamos completa o totalmente expuestos a la codicia de los enemigos, a su envidia y a sus agresiones.

En épocas sucesivas veremos ese Imperio, vacío de sentido nacional, torcer su camino, poniéndose al servicio de destinos que le eran ajenos completamente.

Lección XVII

España y la influencia francesa. — Los Borbones. — Recursos heroicos. — La guerra de la Independencia. — El liberalismo. Los pronunciamientos y los alzamientos populares

Se presentará un gráfico de la extensión geográfica del Imperio español al morir

Carlos II, señalando con tinta negra lo que perdimos por el Tratado de Utrecht.

Sirvanos de introducción un párrafo de Menéndez y Pelayo, que dice:

«Pero por tristes que hubiesen sido los últimos tiempos de Carlos II, casi estoy por decir que hubieron de tener razón para echarlos de menos los que, en el primer reinado de Felipe V, vieron a nuestros ejércitos desalojar, uno tras otro, los presidios y fortalezas de Milán, de Nápoles, de Sicilia y de los Países Bajos; y vieron, sobre todo, con lágrimas de vergüenza y de indignación, flotar en Menorca y en Gibraltar el pabellón de Inglaterra.»

¡Jamás vieron sobre nuestra raza mayores afrentas! Generales extranjeros guiaban siempre nuestros ejércitos, y una plaga de aventureros, arbitristas, abates, cortesanos y lacayos franceses, irlandeses e italianos, caían sobre España como nube de langostas, para acabarnos de saquear y empobrecer, en son de reformar nuestra Hacienda y de civilizarnos. A cambio de un poco de civilizarnos. A cambio de un poco de bienestar material, que sólo se realizó después de tres reinados. ¡Cuánto padecieron con la nueva dinastía el carácter y la dignidad nacional!

Para sistematizar nuestro estudio, comprenderemos en tres períodos la influencia francesa en nuestra Patria, para que se vea la reacción que produjo y la razón de por qué no triunfamos en nuestra oposición.

Desde el advenimiento de los Borbones hasta la Guerra de la Independencia; desde esta guerra y las guerras carlistas.

En esta lección nos ocuparemos solamente del primer período.

Las sucesivas derrotas, experimentadas ya durante el siglo XVII, unidas a la propaganda que desde fuera se hacía a la obra de España, hizo creer a los propios españoles, que eran incapaces de ninguna cosa grande, y que su gran empresa, el Imperio de Indias y la defensa de la unidad católica de Europa, constituía una vergüenza y un error de trascendencia universal, y, como consecuencia, era preciso que los demás pueblos crecieran y se fortaleciesen, precisamente para deshacer aquello que nosotros habíamos hecho; y tanto nos lo repitieron, que al empezar el siglo XVIII, casi todos los españoles, especialmente las clases dirigentes, se habían convencido de ello. Convencerse dos clases dirigentes de que la empresa de España equivalía a un error histórico, era el triunfo principal de nuestros enemigos, porque habían conseguido desarraigarla de la empresa y estaba dispuesta a unirse al carro del vencedor, como así fué. Logrado ese primer paso, venía el segundo, como consecuencia; si lo nuestro no merecía la pena porque era una vergüenza, pues a olvidarlo, y a imitar otra cosa completamente distinta, que nos iba a avalorar frente a nuestros enemigos.

En el primer momento del Gobierno de la dinastía francesa, el pueblo no comprendió nada de lo que se hacía, y no prestó asistencia ninguna, chocando, con frecuencia, por resistencia, a aceptar las reformas.

En cuanto a la política exterior, nos encontramos frente a Francia y a Inglaterra, y conviene darse cuenta de lo que ambas naciones representaban en aquella época.

Dice un autor, tan poco sospechoso para Inglaterra como Rafael Altamira, en su obra «Manual de Historia de España»: «La opinión inglesa consideraba necesario reducir el dominio colonial español y debilitar la expansión de nuestro comercio, para que prosperase así el suyo hasta el grado que ellos ambicionaban. Por eso, todos los actos del Gobierno inglés se encaminaban a crear dificultades en nuestras relaciones con América, y a ocupar, siempre que podían, terrenos españoles en aquellas partes, además de favorcer el contrabando.»

Francia, mediante los tres pactos de Familia, consiguió que España y su Imperio se pusieran al servicio de la ambición francesa de dominio político.

Como consecuencia de ese juego de intereses internacionales, España se encontró, durante el siglo XVII, entre Inglaterra y Francia, y su política exterior, falta de empresa propia, osciló constantemente, pero siempre al servicio de las grandes potencias, que se habían engrandecido a costa de nuestro Imperio.

Ambas potencias coincidían en el propósito de arruinarnos económicamente y arrancarnos trozos del territorio nacional, pero cada una en su provecho.

Así llegaron las cosas al punto de que Napoleón quería la escuadra española, anclada en Brest, desde 1789, para el servicio de sus planes (defensa de Malta, por ejemplo), y el dinero de España para hacer la guerra a Inglaterra. (So pretexto de no haber cumplido el Tratado de neutralidad, nos obligó a pagar una indemnización de seis millones mensuales).

Inglaterra, en cambio, quería hacer de

España la base de operaciones para vencer a Francia en el Continente.

Consecuencia: Que mientras Inglaterra atacaba nuestras costas, la Escuadra española permanecía inactiva en Brest, y nosotros declarábamos la guerra a Portugal y a Inglaterra, para servir los intereses de Francia.

Por efecto de esa falta de política nacional, nuestra Marina quedó definitivamente arruinada en las batallas, primero, de San Vicente, y después, de Trafalgar.

En el orden interior, los Borbones quisieron levantar a España de su postración, e impulsaron el mejoramiento económico; pero las potencias que no lo querían imponían al rey la retirada de Alberoni, por ejemplo. También quisieron impulsar la cultura con una instrucción, que impuso a los españoles el cambio de signo, y, por sernos ajena, no impulsó nuestra política. Mediante un crecimiento aparente de la libertad individual, se transformaron las relaciones sociales en orden a la producción, y se abolieron los Gremios, y se produjo la desamortización. Pero cuando el marqués de la Ensenada promovía la construcción de barcos, por nuestros enemigos, se atacaban los arsenales y se hacía desterrar al ministro; porque la política que se hacía era ensalzar los derechos del individuo, pero se evitaba que la nación ejercitara la libertad de preparar sus elementos de defensa. Y no es fuerte y libre el individuo más que dentro de un orden y mediante la fortaleza del Estado. Por amor de lo indígena se produjo un falso casticismo y, finalmente, se recurrió a las armas, destruyendo la riqueza nacional y acrecentándose los odios.

Fueron reformas de orden administrativo y grandes construcciones, pero vacías de espíritu español. Tan firme era la construcción de nuestro Imperio, que durante este período tuvo un momento de pujanza material.

Pero se había consumado ya el completo desvío del espíritu nacional, y había sido sustituído por «la incomprensión de nuestro destino y de nuestro pasado», y «el aborrecimiento de lo tradicional» Las consecuencias fueron el liberalismo, con sus Escuelas; el marxismo y la lucha de clases; el separatismo y el anarquismo, con la serie de violencias, de que nos ocuparemos en las lecciones siguientes.

Preséntese a las alumnas un gráfico de España y su Imperio, con las pérdidas territoriales, producidas después del Tratado de Utrecht, señalando con distintos colores, según los países a cuyo dominio pasaron, hasta la batalla de Trafalgar inclusive.

Frente a un gráfico de España en el cual estén señaladas las acciones militares más importantes de la Guerra de la Independencia, se comenzará la explicación de esta lección.

Debe quedar muy clara la duración: 2 de mayo de 1808 hasta 21 de julio de 1813. Conviene que, mediante señales en colores, por ejemplo, se destaquen las acciones correspondientes a los años 1808, 1809, 1810, 1811, 1812 y 1813. Sólo así quedarán claras las direcciones seguidas, y se comprenderán los avances y retrocesos de los ejércitos de Napoleón.

Hágase ver claramente la artimaña de Napoleón para llevarse a los reyes y convertidos en instrumentos de su política.

Aunque el levantamiento popular fué espontáneo, interesa mucho que las alumnas se den cuenta de que, paralelamente al movimiento guerrero, el pueblo se organizó en Juntas provinciales, primero, pero que, en 24 de septiembre de 1808, existía ya una Junta Central bajo la presidencia de Floridablanca. Esta Junta representaba la resistencia nacional y dirigía o coordinaba los esfuerzos populares.

Por otra parte, Napoleón impuso a España como rey, a su hermano José, con el nombre de José I.

No debe olvidarse ni por un momento, que la Guerra de la Independencia es un hecho puramente español; Daoiz, Velarde, Ruiz y los generales Palafox, Álvarez de Castro y Castaños, representan el espíritu nacional. La ayuda extranjera que recibimos, no tendía tanto a lograr una España libre, como a derrotar a Francia en el terreno español, cuando la ocasión se ofrecía para que la hegemonía que Francia tenía en Europa pudiera pasar a Inglaterra.

En esta guerra chocaron el sentido tradicional, el amor a la Patria, el afán de verla libre de sus destinos y el deseo de salvar los valores espirituales contra las ideas de la Revolución Francesa, origen del liberalismo; la ambición francesa de convertir a España en una provincia y el profundo desprecio con que fuimos tratados los españoles. Pero, ¿quién representaba estas dos direcciones ideológicas y encarnaba estos dos tipos de vida? El movimiento de resistencia frente a la invasión, ponía todas sus esperanzas en la vuelta de Fernando VII; y

el movimiento nacido de la revolución francesa iba a encarnarse en las Cortes de Cádiz. Lo auténticamente nacional, frente a lo extranjero. Todo el siglo XIX en la pugna entre dos elementos; el pueblo, resistiendo de mil maneras diferentes, a la imposición de esas formas extrañas de vida, y unas minorías extranjerizadas, vueltas de espaldas a la realidad nacional, que, lucharon denodadamente para doblegar los impulsos populares sin haber conseguido ahogarlos todavía.

Como consecuencia de esta lucha tan dura, debía haberse creado un baluarte frente a la Anti-España; pero no fué así, porque, terminada la guerra, quedaron las Cortes de Cádiz, que abrieron sus puertas a la ideología de la Revolución, que fué abrazada por las mejores mentalidades españolas de la época; y quedó sembrado un divorcio profundo entre el pueblo y sus dirigentes. La rebeldía del pueblo a aceptar sistemas políticos que le eran ajenos, dió lugar a un proceso crónico de desintegración y descomposición.

Las Cortes de Cádiz votaron la primera Constitución española. Una Constitución liberal. Y las demás han seguido fundamentalmente las mismas líneas del liberalismo.

¿Qué es el liberalismo? ¿De qué principios arranca? Conviene precisar bien estas cuestiones fundamentales. El liberalismo es una concepción de la vida, que parte de la concepción del hombre y se aplica a regular todas sus relaciones. Nace de la negación del pecado original y de la primacía de la voluntad sobre la razón. Al no creer en el pecado original, puede creer que el hombre es naturalmente bueno y que en manos de la sociedad se corrompe; por consiguiente, interesa dejarle en plena libertad. Otro postulado es la existencia de la razón general por encima de la razón de cada uno, y esa es la que en cada caso nos dirá lo que debemos pensar y lo que tenemos que hacer. Por consiguiente, el liberalismo no admite ideas ni normas universalmente válidas. Por esos fundamentos, el liberalismo ha sido condenado por la Iglesia.

Dos derivaciones muy interesantes son el liberalismo y el liberalismo económico. Expresión del primero es el sufragio inorgánico, y la expresión del liberalismo económico necesitó del capitalismo como instrumento, y su última consecuencia, la lucha de clases.

Mientras estas ideas se abrían camino, en España seguía la lucha de esa España escindida ya entre pueblo y clase dirigente.

No podemos olvidar que el pueblo, después de la Guerra de la Independencia, se encontró con una España deshecha, arruinada, llena de odios, y que había perdido categoría internacional; con energía y audacia y sin una minoría dirigente que le presentase una acción útil capaz de entusiasmarle y lanzarle a una acción común. Como no tenía nada que hacer España, los españoles se entretuvieron riñendo unos con otros.

Con la vuelta de Fernando VII y la lucha entre absolutistas y moderados, comenzaron las expatriaciones y las conspiraciones desde el extranjero, para destrozarse despiadadamente, contribuyendo a hundir más a España.

Es característico de la época que los políticos no tuvieran fuerza bastante para hacer triunfar sus ideas de grupo, y solían buscar el apoyo de la espada. Y aparece este hecho típico, que se llama el pronunciamiento. Un jefe militar, de acuerdo con elementos civiles que representan un partido, hace triunfar, dentro de la Patria, un programa político, con lo cual resulta que el Ejército se mezcló en las luchas políticas del país. Conviene destacar que este sistema de lucha política lo iniciaron los liberales y sus sucesores que, precisamente, se llamaban defensores de la supremacía del poder civil.

Es de este tipo, el pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan, y muchos otros que ocurrieron a lo largo del siglo.

Los pronunciamientos tendían a imponer ideas liberales al pueblo, para con ellas hacer su felicidad, pero el pueblo no las quería y se alzaba en rebeldía, pues sus movimientos tenían que ser sofocados por la fuerza.

Hay un hecho trascendental: la proclamación de Isabel II, hija de Fernando VII, como heredera del trono, en las Cortes de 1833. El foso quedaba claramente abierto por un siglo entre los representantes de las ideas innovadoras, que se derivaban de la Revolución Francesa.

Lección XVIII

Las guerras carlistas. — Tradicionalismo. — Concepto de Tradicionalismo como pensamiento. — Principales representantes

La Guerra de la Independencia había constituido para el pueblo español un gran triunfo militar, pero los resultados logrados con ella, que eran la implantación del liberalismo en España, constituía la máxima traición de què podía haber sido víctima un pueblo. Había luchado contra lo extranjero, y después de haber ganado, resultaba que, en España, se había implantado precisamente la ideología de los vencidos.

España hace un segundo esfuerzo. Vuelve a los recursos heroicos. Las guerras carlitas.

Hay que distinguir el hecho ocasional y el auténtico contenido del Carlismo.

El hecho ocasional consistía en la vigencia de la Ley básica, que excluía a las hembras de la Corona. También esta disposición era de importación extranjera. La proclamación de Isabel II como heredera, lesionaba los derechos de Don Carlos, presunto sucesor de Fernando VII.

En el fondo de la cuestión había razones más fundamentales y permanentes. La profunda significación del Carlismo en España consiste en que encarna la protesta de los buenos españoles que seguían resistiendo las formas políticas extranjeras. Embalsa la savia auténtica de España, agrupaba a los españoles, que preferían luchar y morir antes que renunciar a las creencias y a las ideas y al modo de vivir español.

Las Guerras Carlistas tuvieron como objetivo extirpar las raíces liberales, barrer todas las formas liberales de vida y conservar y restablecer las más auténticas y sagradas esencias del espíritu español. Necesitaban quién encarnara estas ideas con audacia y prestigio, y nadie mejor que Don Carlos, que en aquel momento acababa de sufrir el menoscabo de sus derechos por voluntad de las Cortes y se encontraba frente a frente a la Princesa Isabel, que iba a representar la encarnación de los ideales liberales. Y Don Carlos fué el representante del Tradicionalismo español. Don Carlos tenía la fortuna de poder asumir la representación de los ideales permanentes de la España eterna.

Las Guerras Carlistas fueron guerras civiles, guerras de España consigo misma. Interesa presentar a las alumnas un gráfico de España, en el cual se distingan bien todas las acciones de armas ocurridas durante esas guerras, para que se hagan cargo de las zonas de la península que participaron en ella, y puedan observar un curioso fenómeno: el Tradicionalismo prendió en las zonas rurales con preferencia, mientras que las grandes ciudades constituyeron el punto de apoyo del liberalismo.

La primera guerra carlista duró de 1833 a 1840; es la llamada guerra de los siete años. La segunda, desde 1846, a 1848; comenzó en 1872 y terminó en 1876. Políticamente, están encuadradas en la Regencia de Doña María Cristina, Reinado de Isabel II, de Amadeo de Saboya; la primera República y la Restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII.

Entonces, como ahora, los movimientos auténticamente españoles han encontrado una resistencia extranjera, que se ha manifestado apoyando a los contrarios. Los liberales de entonces fueron apoyados por Inglaterra y nuestros puertos fueron atacados por escuadras extranjeras. Y en que la fortaleza de España postula que el motivo, el ideal, la misión que una a los españoles, ha de serles propia; España sólo puede volver a ser fuerte si los españoles consiguen encontrarse a sí mismos. Es natural que los países a quienes le interesa que seamos débiles, apoyen todas nuestras divergencias, alicen el fuego de la discordia y animen las luchas intestinas. Lo que no se comprende es que haya españoles que sirvan a esa política que nos enajena y que sólo puede atraer sobre nosotros la ruina.

El Tradicionalismo no sólo fué una lucha militar, sino que fué doctrina, tuvo su organización administrativa y sus órganos de propaganda.

Cada vez que era derrotado, soportaba las venganzas, se exilaban sus mejores y embalsaban más coraje para volver de nuevo a la lucha cuando la ocasión se ofreciera propicia.

Sus tres guerras tuvieron la virtud de mantener alerta el espíritu nacional durante todo el siglo XIX. Ellos representan la continuidad de la tradición histórica que había dado a España tantos días de grandeza.

Como el Tradicionalismo no consiguió gobernar durante todo el siglo, tuvo que limitarse a denunciar los errores una política

ajena a los intereses de España y hacer afirmaciones de tipo doctrinal.

Interesa que las alumnas lean los pensamientos más afortunados de algunos pensadores tradicionalistas o que coinciden con la doctrina, sin militar en el partido como afiliados.

Los tres dogmas nacionales de Vázquez Mella, son de extraordinario interés y constituyen un vaticinio de lo que había de suceder más tarde.

Los escritos políticos de Balmes son, quizá la visión superadora de aquella época. Su afán consistía en aunar, en unir y emplear a todos los españoles en una armonía al servicio de la misión de la Patria. Constituye una laguna afortunada en aquel siglo, que tuvo la virtud de exaltar la división, el personalismo, la disgregación y cuanto podía conducir a España hacia la ruina. También interesa que conozcan la antología de Donoso Cortés, y, sobre todo, la del gran Aparisi Guijarro. Todos ellos han servido a triple ideal de Dios, Patria y Rey.

La historia política de España durante este siglo es una sucesión de pronunciamientos, que terminaron con el golpe de Sagunto dado por el general Martínez Campo. Y la política de la Restauración, cuyo principal artífice fué Cánovas, que se encontró con que, después de sesenta años de luchas, gobiernos relámpagos y cambios de régimen, al Estado español no le quedaba nada de lo que había podido hacer la grandeza a la Patria.

Cánovas se esforzó por crear un instrumento de gobierno que encarnase las aspiraciones de todos los españoles en el turno de liberales y conservadores que, en el pacto del Pardo, ante el cadáver de Alfonso XII, cuando constituía una esperanza para España, se prometieron lealtad al servicio de la Patria y hacer posible la convivencia de todos los españoles.

Pero como su sistema fracasara, porque no tenía confianza en la energía de la raza, aisló a España y la sumió en un conformismo fratricida; así, la Restauración tuvo que vivir entre luchas y persenciar el despojo de las últimas posesiones que nos quedaban.

El Tradicionalismo no había terminado su misión; habían cambiado su nombre de carlistas por el de requetés, y admitieron la colaboración de las mujeres, llamándolas Margaritas. Mantuvieron una línea política clara y adoptaron una conducta adecuada frente a la República. Ya veremos cuál ha sido su actuación en el Alzamiento Nacional de 1936.

Lección XIX

España, país colonial. — El 98. — La República. — Fracaso del liberalismo y del afrancesamiento

En medio de la pendiente por la cual España se estaba deslizando, se encontró con la necesidad de hacer frente a uno de los problemas más serios para su porvenir como potencia y su patrimonio nacional. La guerra de Cuba, de diez años. La guerra chiquita y el levantamiento de 1895.

Tal como estaba planteada la situación interior y dada la proximidad de Cuba y Puerto Rico a los Estados Unidos, por una parte, y la dotación de nuestro Ejército, por otra, el resultado era fácil de prever.

Se había desoído la voz del general Prim, que propugnaba una solución a tiempo; y cuando estalló el conflicto, España nada tenía que hacer más que seguir aceptando una situación que, si era nueva, en realidad continuaba una política de desintegración, claudicación y renunciamiento a la defensa y posesión de las últimas piezas de nuestro Imperio. El Tratado de París se firmó en diciembre de 1898. Y era tan indigno aquel pacto para España, que costó mucho encontrar quien se prestara a firmarlo. Fué un liberal: Montero Ríos.

Conviene que las alumnas estudien bien los episodios de la lucha. No debe olvidar la instructora que los acontecimientos de la Historia contemporánea son poco conocidos, y es de gran interés aprenderlos, para conseguir un criterio histórico. No cabe interpretación de lo que se desconoce. De modo que la lección vendrá preparada del día anterior y se comenzará la clase preguntando las guerras de Cuba y Filipinas.

¿Cuál era la situación de España después de este 98? Las huelgas eran ya un espectáculo familiar a los españoles; existía la Internacional desde que se había establecido la libertad de reunión y asociación; se había producido ya el primer motín estudiantil; la cuestión de Marruecos

estaba en actividad; el catalanismo había publicado ya sus Bases de Manresa; desde 1893 existía el terrorismo en Cataluña, y el asesinato de Cánovas había dejado la obra de la restauración herida de muerte.

Había otra razón fundamental, que no debemos olvidar. En España, el liberalismo había creado el caciquismo, que venía a ser un instrumento que se interponía entre el pueblo y su representación, y era capaz de desvirtuar cuanto de bueno se pudiera intentar. En realidad, los Parlamentos representaban a los caciques y no al pueblo. Esto debilitaba enormemente al Poder.

Por otra parte, nos encontramos con que el sistema creado por Cánovas establecía unos turnos y las fuerzas subversivas que hemos enumerado ya en sus grupos principales, iban acampando fuera del área del Régimen; y, por de pronto, no tenían más objetivo que darle continuos y renovados asaltos. Ellos serán más fuertes que los turnos; pero los partidos turnantes todavía conservaban en su poder los resortes del mando. Un error que no deben olvidar las alumnas y que se debe destacar bien, es el error cometido por el partido liberal a todo lo largo de su actuación política: unirse con los enemigos del régimen para atacar y derribar al partido conservador. Debilitaba los resortes del Poder y fortalecía a los que debían acabar derribando la fortaleza de la Patria: el Estado.

En tal estado de cosas, inmediatamente a la derrota del 98, los españoles dirigentes no encontraron más que negaciones y desesperanzas.

La generación del 98 partió del principio de que en el alma nacional no había nada aprovechable y había que salir a tierra extranjera en busca de los ingredientes necesarios para su renovación. Era triste, pero era cierto; aquella generación había asistido al derrumbamiento de los viejos ideales patrios, sin haber tenido la fuerza creadora de levantar otros nuevos, de raigambre nacional.

Las alumnas deberán conocer bien en sus detalles el reinado de Alfonso XIII y la segunda República. Y observar cómo el siglo XIX tiene de común con el XX, que la división del país en dos bandos irreductibles, continuaba. Y se agrega otra complicación, y consiste en que había llegado el momento de que los católicos se viesen obligados a constituirse en Partido político. Las escisiones entre los españoles cada vez se aumentaban y profundizaban.

El advenimiento de la segunda república representaba otra tentativa para unificar a los españoles, pero también se malogró.

Con la caída de la monarquía, el fracaso del liberalismo y del afrancesamiento se habían hecho definitivamente patentes.

Laín Entralgo dice: «El liberal español mal entendía lo que era una nación, mas no lograba inventar lo que podía hacer una nación, mas no lograba inventar lo que podía hacer una nación española. El terrible fallo del liberalismo español fué «no haber sabido encontrar, si lo había, un acuerdo entre sus principios y la singularidad católica y expansiva del destino de España.

«Para mí — continúa Laín Entralgo —, la causa fundamental de la dolencia española, hasta que suena la voz de la Falange, radica justamente en la fatal incapacidad de entrambos grupos de entender a España como una empresa nacional inmediata, como quehacer español, capaz de ilusión, hazaña y provecho.»

La República, en virtud del pacto de San Sebastián, vino a escindir más, si cabe, a los españoles y a imponer un Gobierno que hiciese posible realizar en nuestra Patria las consignas del Comunismo. Para ello tuvo que empezar por cortar con todo lo que quedaba en la vida y en las costumbres españolas de permanente y eterno. Tuvo que romper con la Historia desde antes de Recaredo. Inutilizar al Ejército, hasta donde le fuera posible, para que, llegado un momento dado, no pudiera convertirse en la defensa de la Patria. Finalmente, el Gobierno se declaró beligerante desde el Parlamento y la redención de España quedó de nuevo a merced de esas fuerzas permanentes y eternas que todavía se conservaban latentes en algunos sectores de españoles y en la juventud.

Lección XX

Culminación de todos los errores. — Ultima reacción: la Dictadura. — La España roja: separatismo marxismo y populismo

La dictadura del general Primo de Rivera había intentado crear una forma de convivencia y un nuevo instrumento de gobierno: había dado días de paz, de gloria y de

trabajo, pero lo había construído el instrumento necesario para integrar a todos los españoles; se encontró con la oposición de quienes más apoyo debían haberle prestado, y a pesar de haber resuelto la cuestión con la toma de Alhucemas, fué derribado a los siete años, dejando al país en manos de las minorías subversivas que estaban bien dispuestas para el ataque.

El Gobierno del general Berenguer celebró unas elecciones municipales, a las cuales se les dió el carácter de plebiscito, y por haber sacado siete mil concejales republicanos, en las principales ciudades, frente a veintidós mil monárquicos, en las aldeas españolas, se consideró llegado el momento oportuno para proclamar la República. Aquí se nos aparece otra comprobación de hasta qué punto las ideas liberales y sus derivaciones (marxismo, comunismo, anarquismo) no habían logrado rebasar el área de las grandes ciudades, y, en cambio, la totallidad de la vida rural española continuaba defendiendo con instinto de salvación la verdadera y auténtica tradición española. Como antaño los tradicionalistas, en 1931 los monárquicos sumaban a su causa a la aldea española, frente a las grandes urbes, completamente dominadas por las ideologías extranjeras.

La República primera, como la segunda, representaba lo exótico frente a lo nacional; por esto comenzaba con la descristianización de las masas, el descrédito de la Monarquía por su tradición creadora. Acoge y discute la concesión de los estatutos vasco, catalán y gallego; favorece la lucha de clases y contempla impasible los crímenes de carácter social, que convierten a nuestras calles en campos de venganza y de lucha.

El populismo pretende atajar tanto daño con fórmulas legales, pero el organismo español, completamente desintegrado, necesitaba amputaciones radicales si se disponía a continuar viviendo.

Debilitadas las creencias en muchos españoles, en otros ocultas por miedo, se encontró la vida española falta el elemento unitivo, falta del elemento religioso que siempre estuvo firme cuando España fué grande. Perdida la unidad, fueron posibles todos los errores. España no tenía nada que hacer en su propio servicio, pues iba a destrozarse definitivamente. Todos los errores de más de dos siglos venían a culminar en lo que ha recogido la Historia de España con el nombre de España roja. España había dejado de ser España; España ya no era enunciado de una empresa. España iba a ser otra cosa: iba a convertirse en España roja.

España roja equivale a decir: «España está ensayando la instauración del comunismo.» Y los propios españoles, convertidos en comités populares, comenzaron la depuración. Aquellos partidos, que se habían fortalecido fuera del área gubernamental y que tantos asaltos habían dado a la fortaleza del Estado, acababan de apoderarse de España porque el Estado había desaparecido.

Pero la España eterna estaba viva todavía, y mientras los españoles vivían días de angustia, en el fondo del alma nacional se estaban operando reacciones salvadoras. Sino podíamos creer en Dios, no merecía la pena de continuar viviendo. Si España había dejado de existir como enunciado de una empresa, la más grande, la más humana y la más religiosa: la creación del imperio español si no podía continuar esa tradición, no merecía la pena de que los españoles continuáramos viviendo: había que hacer un esfuerzo supremo y desesperado intentando romper el cerco de materialismo que nos asfixiaba y abrir el paso de nuevo a las esencias de lo español que fermentaba dentro de los corazones generosos.

Un grupo de jóvenes en torno a «la conquista del Estado»; otro con las J.O.N.S., y los de Falange Española coincidían con los tradicionalistas en el afán de salvar a España por la vía directa y combativa. Aquello no tenía remedio; había que derribar todo el armazón y substituirlo por otro más sano y nacional que hiciese posible que España se encontrara en sí misma y con un arranque de juventud se situara nuevamente en su plena y sana trayectoria histórica. Para lograrlo había que hacer la revolución, y para tal empeño algunos españoles estaban dispuestos a derramar su sangre.

A recurrir nuevamente a un esfuerzo heroico: el Alzamiento Nacional. Esta vez existía ya algo que iba a servir de expresión de esa voz interior. Los españoles que querían salvar a España y no sabían qué debían hacer, podrían oír una voz que salía de las propias entrañas de la Patria, la voz de la Falange, que iba a dar expresión de ese modo de ser que todos los que vivían a disgusto anhelaban, pero que no acertaban a expresar.

LECCIÓN XXI

Permanencia del sentido nacional en F. E. y de las J.O.N.S. y en la Comunión Tradicionalista. — Confluencia de estos dos grupos con el Ejército en el Alzamiento

Ya hemos visto que las tres soluciones ofrecidas desde 1868 para salvar a España, Restauración de Cánovas, Dictadura y República, habían fracasado y nos encontrábamos con la triste herencia, expuesta con gran precisión por José Antonio en el discurso fundacional, representada por cuatro grupos de fenómenos históricos: la lucha de clases, los separatismos, las persecuciones y la injusticia social.

La persecución religiosa tenía como finalidad romper la relación del hombre con su criador y socavar a fondo la unidad en el hombre, ya que su base es la Religión.

Los separatismos, desvirtuando el sentido de la Patria como unidad de destino, en la cual todos y cada uno de los españoles somos portadores de una misión individual al servicio del bien común, rompía la unidad entre las tierras.

La lucha de clases, ensangrentando el suelo de las ciudades y de las aldeas, y haciendo olvidar a las masas que la riqueza nacional es la base del enriquecimiento de la familia y del individuo, la lanza a toda clase de destrucciones por defender intereses contrapuestos, y rompe definitivamente la unidad entre los hombres y entre las clases productoras.

Y, finalmente, con unas clases trabajadoras, llenas de derechos y arrastrando una vida miserable, unas, y difícil, otras, víctimas de injusticias y embriagadas por el deseo de dominar a las clases opresoras; convencidas de que, en definitiva, lo que importa es vivir la vida con el mayor número posible de comodidades, libres de todo freno moral y desamparados por la falta de fe en un destino sobrenatural, se lanzan a la venganza y a la destrucción.

En estas circunstancias adviene la Falange, que tiene un concepto del hombre y de la Patria capaz, por su eficacia, de poner en orden a los españoles, devolviéndoles de nuevo los sabores de la norma y del pan.

La Falange, al considerar al hombre como portador de valores eternos, envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse o de salvarse, y a la Patria como una unidad de destino en lo universal, ofrece la base de la unidad de que España se encontraba falta en aquel momento.

El destino del hombre es salvarse, viviendo de acuerdo con la ley de Dios. El destino de España nos lo muestra la Historia: ha sido un destino de salvación. España ha luchado con sentido misional, llevando a todos los lugares del Continente, con sus armas, su fe, su idioma y su modo cristiano de vivir. Luego entre el destino del hombre como individuo y el destino de la Patria como destino colectivo de todos los españoles existe una perfecta concordancia. Los conceptos fundamentales de la Falange ofrecen la posibilidad de una armonía entre el hombre y su Patria. La Falange tiene capacidad para resolver el problema que España tenía planteado porque es capaz de embalsar los intereses particulares de todos los españoles armonizándolos al servicio del destino común.

De nuestro concepto del hombre se deriva la visión clara, que no debemos olvidar, de la lucha que en su interior ha de librar entre sus posesiones y sus apetitos, y la voluntad para encauzarlos al mejor servicio de los valores eternos, representados por la Ley de Dios y expresados en el Decálogo; pues bien, esta lucha también existe en la vida colectiva entre los valores nacionales y morales que deben sobreponerse a los de orden material.

Para que el hombre pueda vencer en esta contienda de todos los instantes de su vida, necesita estar armado con todas las virtudes morales que sea capaz de adquirir y con toda la disciplina y heroicidad propias de la vida militar. Por esto José Antonio afirma: «No hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar. Es la hora ya de que comprendáis que con este sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España.

Ramiro Ledesma, en 1931, funda la «Conquista del Estado» y se une a Onésimo Redondo, que había fundado las J.O.N.S.; tenían un emblema: las flechas yugadas del imperio; las consignas «España Una, Grande y Libre; «Por la Patria, el Pan y la Justicia», y una bandera: la roja y negra.

El 29 de octubre de 1933 José Antonio pronunciaba el discurso fundacional de Falange Española en el teatro de la Comedia.

Tenía un hondo contenido espiritual y un certero sentido de la realidad presente, con ua intuición de las posibilidades de España.

De la fusión de F. E. y de las J.O.N.S. en 1934, resultó la conciencia clara de que el único camino para salvar a España y que los falangistas aceptaban sería un servicia cruento.

La Falange es, pues, un Movimiento nacido para salvar el destino histórico de España». Su ideario está encaminado por entero a devolver a los españoles la conciencia de su destino. A devolverles la dignidad de ser españoles, «que es una de las pocas cosas serias que hay en la vida».

Para realizar el paso de aquella pulverización nacional o esa unidad que propugnamos, se necesitaba pegar el salto y hacerlo sin que sucumbieran los valores eternos aunque se arruinaran algunos bienes materiales. Había que buscar las fuerzas capaces de realizar ese esfuerzo y había que buscarlas en donde únicamente podían estar: en el Ejército y en aquel grupo histórico que había sostenido luchas a través del siglo XIX, precisamente por defender esa unidad, que entonces no importaba a casi nadie: en la Comunión Tradicionalista.

Dice José Antonio: «El Ejército es la salvaguardia de lo permanente; por eso no se debe mezclar en luchas accidentales. Pero cuando es lo permanente mismo lo que peligra; cuando está en riesgo la misma permanencia de la Patria (que puede, por ejemplo, si las cosas van de cierto modo, perder su unidad), el Ejército no tiene más remedio que deliberar y elegir...» «En presencia de los hundimientos decisivos, el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera: recobrándolo todo por sus propias armas.» «Sé que el Ejército representa el inmenso acerbo de virtudes silenciosas, heroicas e intactas.»

Y, efectivamente, ocurrió así: Cuando el ser de España estuvo en peligro, el Ejército, a las órdenes del Generalísimo Franco, asistido por la juventud española, se lanzó a la lucha y recobró la unidad de las tierras, y se propuso recobrar la unidad de los hombres, promulgando como primer paso el Decreto de Unificación.

La Comunión Tradicionalista, embalsada en Navarra, se había conservado entre aquellas peñas inexpugnables, esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse, portando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria. Su criterio, frente a la disgregación imperial y al separatismo había sido fijado maravillosamente por Vázquez de Mella en *Dogmas nacionales*.

Apoyado en la tradición y con el ánimo de adivinación representado por Falange, el Caudillo se lanzó a la organización del nuevo Estado.

José Antonio había dicho: «Quien rompe con la normalidad de un Estado contrae la obligación de edificar un Estado nuevo, no meramente la de establecer una apariencia de orden. Ya que la edificación de un Estado nuevo exige un sentido resuelto y maduro de la Historia y de la política.» «Lo esencial es el sentido histórico y político del Movimiento, la captación de su valor hacia el futuro. Eso sí que tiene que estar claro en la cabeza y en el alma de los que manden.»

Por eso en el Decreto de Unificación encontramos esa declaración que ya se ha justificado, convirtiéndose en realidad: «... nada de inorgánico, fugaz ni pasajero es lo que yo pido; pido unificación en la marcha hacia un objetivo común, tanto en lo interno como en lo externo; tanto en la fe y en la doctrina como en sus formas de manifestarla ante el mundo y entre nosotros mismos.» «... ofrecemos dos cosas: la primera, que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece...; y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad quedan fijas en los combatientes del frente y en la juventud de España.»

En la confluencia de estas dos fuerzas representadas por la Comunión Tradicionalista y Falange Española de las J.O.N.S. y la participación de todos los demás españoles que se sumaron al Glorioso Alzamiento, a las órdenes del Ejército, se empeñó la lucha necesaria para recobrar el ser de España y devolver a los españoles el sentido de unidad. Darles otra vez un quehacer común y superior a sus fuerzas, porque es la única manera de mantenernos unidos evitando querellas intestinas y haciéndonos capaces de un destino de grandeza.

Lección XXII

Lo que España quiere volver a ser. — Reivindicaciones históricas

Cuando se afirmó en el Punto 3 de la Falange que tenemos voluntad de imperio, la Falange recogió una aspiración difusa de España entera que quizá no había percibido. Algunos se sorprendieron porque confundían con torpeza la voluntad de imperio con el imperialismo. El imperialismo es el deseo material de dominar, mandar y explotar otro país en beneficio de una nación, una casta o una clase para aprovechar exclusivamente riquezas, mientras tener voluntad de imperio significa sobre el mundo entero con una ideología, una cultura y una manera de ser. El imperio español no ha sido jamás imperialista, porque ha sido un creador de naciones libres y cristianas, a quienes ha dado su espíritu, su lengua y su derecho. España, al colonizar y evangelizar las tierras por ella descubiertas, o al gobernar las legítimamente adquiridas por sus reyes, no pretendió obtener de unas y otras intereses materiales, sino incorporarlas a su Destino histórico de gran nación cristiana, valladar en que una tras otra se estrellaban las oleadas de la barbarie. La Reconquista, la expulsión de los judíos, la Contrarreforma, la Guerra de la Independencia y el Movimiento Nacional, son jalones de una Historia rectilínea, encaminada siempre al fin transcedente de la uidad espiritual del mundo.

Por lo tanto, pues, tener voluntad de imperio no supone un deseo de expansión territorial — salvo en lo que complete geográficamente el área en que un pueblo puede y debe realizar su destino histórico —, ni un afán de conquistar esta o la otra fuente de materias primas indispensables para lograr potencialidad económica. Tener voluntad de imperio quiere decir aspirar a conservar intactos los valores morales que engrandecen a un pueblo y le permiten ejercer una influencia beneficiosa para los demás.

Al decir que España quiere volver a ser un imperio nadie debe pensar en ver otra vez gobernado en Glandes, en Italia o en América a los virreyes españoles, pero sí percibir a nuestra Patria, tan digna de respeto y admiración como cuando sus Tercios y sus Escuadras hacían de ella la primera potencia del mundo.

Desde mediados del siglo XVII, España, por diversas razones, había ido perdiendo esa voluntad. De una parte, la fatiga; de otra, el empobrecimiento económico; de otra, la falta de mando geniales, y de otro, una confabulación mundial contra ella nos llevaron a la postración más absoluta durante la mitad de aquella centuria. El siglo XVIII nos entregó a los Borbones — enemigos de España —, forzándonos a seguir la política que Luis XIV de Francia imponía a su nieto Felipe IV. La política de los Pactos de Familia, si bien nos sacó, a ratos, del marasmo anterior, nos apartó de la nuestra verdadera. Así llegó el siglo XIX, lleno de contiendas civiles, y el XX, en el que España, despeñada, llegó a las más increíbles renuncias de su propia esencialidad.

Felizmente, el Movimiento Nacional de 1936 despertó una conciencia nacional dormida y nos devolvió el concepto — místico y castrense — de que la vida es milicia, enseñándonos que el descanso no lleva al Paraíso. Vencido el enemigo que nos imponía la abulia, el tedio, la cobardía y la desconfianza en nosotros mismos, los españoles comprendimos claramente — por reflexión sobre el pasado y el presente — que nuestra marcha de redención y de grandeza necesitaba emprenderse con decisión revolucionaria sobre las rutas tradicionales. Para volver a ser eje espiritual del mundo católico, España tenía que presentarse ante él como un bloque compacto de pensamiento y acción, sin ofrecer una grieta a la penetración del gusano de la duda. Así lo había sido España en sus grandes épocas, cuando la voluntad de los reyes y el pueblo dió al traste con las facciones y banderías. Por eso España abolió enérgicamente el régimen de partidos y reunió en uno solo a cuantos, diferenciados sólo por matices, aspiraban a devolver a la Patria su grandeza y esplendor pasados. El Partido Unico no fué capricho tiránico ni una imitación servil de normas extranjeras, sino el afán de servir mejor a la unidad con la unidad. El Partido permitiría abordar de frente y sin titubeo los problemas internos que no podían perder urgencia en la discusión ociosa y la crítica negativa de los regímenes anteriores. Con Parlamentos de tipo liberal, las empresas de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II hubieran sido imposibles. Cuan-

do varios grupos de individuos, grupos o clases preconizan diversas realidades de su Patria, no hay modo de realizar la tarea colectiva de todos de fortalecer, elevar y engrandecer la realidad suprema que es el quehacer en la Historia. Por ello, la primera preocupación de un Estado consciente de su misión es unificar todos los esfuerzos para llegar a un designio común.

Volver a ser la España Una, Grande y Libre, quiere decir encontrar de nuevo la gloria y la riqueza por las rutas del mar; aspirar a ser una gran potencia marítima — exigencia geográfica e histórica — para el peligro y el comercio convertir el Estado en un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria en el que a nadie sea tolerado usar su libertad contra la unión y la fortaleza de la Patria; organizar la economía al servicio de la Nación y conseguir, mediante una disciplina rigurosa de la educación, un espíritu nacional fuerte y unido, que instale en el alma de todos los españoles — como en los tiempos gloriosos — la alegría y el orgullo de la Patria. Todo esto dentro de un espíritu militar y religioso, ha sido la norma de nuestros mejores días imperiales, sin que su aplicación práctica haya sido el materialismo rapaz y brutal de otros países imperialistas.

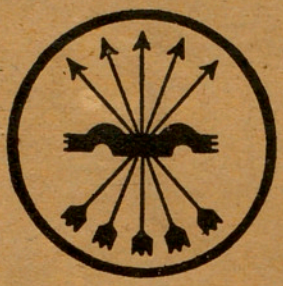
Aparte de estas aspiraciones morales que representan la voluntad de Imperio espiritual, España tiene una serie de aspiraciones materiales a reivindicar *materialmente* ciertos derechos físicos de los que, a lo largo de su Historia, se ha visto inicuamente despojada.

Estas reivindicaciones mínimas pueden concretarse a las siguientes:

1. *Gibraltar.* — La bandera británica ondeando en el Peñón es una afrenta permanente a nuestra unidad nacional, conseguida con su incorporación a la Corona de Castilla por la Reina Católica, en 1502, que convirtió la plaza en fortaleza y monasterio, símbolo de la Reconquista y punto de partida de la misión española en Africa. La reivindicación de Gibraltar es justísima, no sólo por razones sentimentales, sino jurídicas, pues en ninguno de los Tratados que han consumado el despojo, España no ha renunciado a su soberanía sobre la plaza y el Peñón.

2. *Marruecos.* — España necesita — por dignidad y por derechos históricos — que en la zona que tiene atribuida como nación protectora en Marruecos, se levanten todas las hipotecas impuestas por Francia y se nos conceda plenamente el derecho a ser la única potencia europea que señale rumbos históricos al Imperio marroquí. O que, cuando menos, se reconozcan a la Zona española los límites señalados por el Convenio de 1902 — frustrado y falseado en la Conferencia de Algeciras de 1904 — base material indispensable para que el largo sacrificio de España en Marruecos beneficie a ambos pueblos — protector y protegido —, complementando sus economías recíprocamente, en lugar de ser — como hasta ahora — un pingüe negocio exclusivo de Francia.

¡ARRIBA ESPAÑA!



Juventudes
S. F. de F. E. T. de las J. O. N. S.
Barcelona
1948

Prohibida la Reproducción